

Distr.
RESTRINGIDA

LC/DEM/R.184
Serie A, N° 278
6 de enero de 1993

ORIGINAL:ESPAÑOL

CELADE
Centro Latinoamericano de Demografía

AMERICA DEL SUR:
SITUACION DEMOGRAFICA Y SUS REPERCUSIONES
(1990-2025)

(*) Este documento ha sido elaborado con la colaboración de los señores Jorge Martínez Pizarro y Jorge Rodríguez Vignoli, consultores del Convenio suscrito entre el CELADE y la Academia de Humanismo Cristiano. La investigación contó con el apoyo del Programa de Cooperación e Intercambio del CELADE y la Agencia Canadiense para el Desarrollo (ACDI). El texto no ha sido sometido a revisión editorial y las opiniones expresadas pudieran no coincidir con las de las instituciones antes mencionadas.

INDICE

Página

I.	LA POBLACION TOTAL ESTIMADA	1
II.	LA TRANSICION DEMOGRAFICA EN LA REGION	2
III.	LA TRANSICION DEMOGRAFICA A ESCALA DE PAISES	4
IV.	UN ESBOZO DE TIPOLOGIA DE PAISES SEGUN INSTANCIAS DE TRANSICION DEMOGRAFICA	5
V.	DINAMICA DEMOGRAFICA Y ESTRUCTURA POR EDAD DE LA POBLACION	8
VI.	DISTRIBUCION ESPACIAL DE LA POBLACION	13
VII.	ALGUNAS REPERCUSIONES DE LA DINAMICA DEMOGRAFICA SOBRE SECTORES SELECCIONADOS	16
VIII.	OBSERVACIONES FINALES	26
IX.	FUENTES DE DATOS UTILIZADOS EN LOS CUADROS	29
	ANEXO	31

Describir la evolución demográfica de América del Sur entre los años 1990 y 2025 y explorar algunas de sus implicaciones, constituyen las preocupaciones que animan este capítulo. Por razones de disponibilidad de información, el tratamiento se circunscribe a los diez países iberoamericanos de la región, donde se ubica el 99.7 por ciento de los habitantes de ésta. Los antecedentes utilizados proceden, principalmente, de las últimas proyecciones nacionales de población elaboradas con el asesoramiento técnico del CELADE. La exposición procura resaltar, de acuerdo con diferentes instancias de la transición demográfica, tanto la diversidad de situaciones imperantes en la región como las similitudes que, se espera, irían acentuándose a medida que se vaya desplegando el ya cercano siglo XXI.^{1/} Asimismo, los eventuales efectos económicos y sociales imputables al cambio de población son ilustrados mediante la comparación de algunos ejemplos nacionales. Estos últimos temas tienen como período de referencia al decenio 1990-2000; respecto de igual lapso se hace también una breve mención a la distribución espacial de la población.

I. LA POBLACION TOTAL ESTIMADA

Hacia mediados de 1990, América del Sur contaba con unos 294 millones de habitantes, casi todos ellos (293 millones) residentes en los diez países de habla iberoamericana. Según las proyecciones vigentes, al iniciarse el siglo XXI aquella población aumentaría a 343 millones de personas y en el año 2025 llegaría a 450 millones (Cuadro 1). En otros términos, durante la última década del siglo XX, América del Sur experimentaría un incremento neto de 50 millones de personas; otras 107 millones se añadirían en el curso de los 25 años siguientes. Con relación al conjunto total de los 20 países de América Latina, la gravitación demográfica sudamericana es alta y seguirá siéndolo en el futuro, con el 68 por ciento del total en 1990, el 67 por ciento en el 2000 y el 65 por ciento en el 2025. La evolución de estas proporciones deja entrever que el ritmo de crecimiento demográfico de América del Sur sería ligeramente menos intenso que el de Mesoamérica.

Aun cuando observada en el mapa, América del Sur aparece como una unidad continental, esta imagen tiende a esfumarse cuando se presta atención a la heterogénea repartición de su población entre los países. Algo más de la mitad de quienes habitaban en la región sudamericana en 1990, 149 millones de personas, residía en Brasil, en tanto que otro 22 por ciento (64 millones) se distribuía, en cantidades similares (32 millones cada uno), entre Argentina y Colombia. Por oposición, Uruguay (con 3 millones) y Paraguay (con 4 millones) albergaban, en conjunto, a poco más del 2 por ciento del total de habitantes. Los otros 5 países compartían el cuarto restante de la población sudamericana. Se prevé que hasta el año 2025 este panorama no sufrirá mayores modificaciones, aunque tenderá a decrecer el peso demográfico relativo de los países meridionales y se acrecentará el correspondiente a algunos de los andinos y a Paraguay.

1/ Un análisis similar, referido a América Latina como un todo, puede encontrarse en CELADE (1991), Población y transformación productiva con equidad, Santiago de Chile, CELADE, (mimeo); véase, también, Chackiel, Juan (1992), América Latina: análisis de la dinámica de la población orientado al sector salud. Período 1950-2000, Santiago de Chile, CELADE, (inédito).

II. LA TRANSICION DEMOGRAFICA EN LA REGION

Del examen de las tendencias demográficas observadas en los países desarrollados, durante los últimos 150 años, se ha inferido un modelo, conocido como transición demográfica, que describe el cambio de población según la forma en que evolucionaron sus componentes naturales. En esencia, este modelo es un esquema de las etapas de tránsito de la dinámica de la población, desde una instancia inicial caracterizada por elevados índices de fecundidad y mortalidad, que daban lugar a una reducida brecha de incremento demográfico, hacia otra en la que, tras experimentar significativas disminuciones en la magnitud de aquellos parámetros, se habría conseguido un nuevo nivel de equilibrio, también distinguido por un escaso ritmo de aumento de la población. Una interpretación habitual del modelo de la transición demográfica reconoce cuatro etapas: la primera, llamada pretransicional, se asocia con un ritmo de crecimiento de la población reducido y fluctuante, fruto de la coexistencia de altas tasas de mortalidad y fecundidad; una segunda etapa, de gran intensidad de crecimiento, es coincidente con el momento en el que se iniciaría el descenso de la mortalidad sin que ocurriesen cambios en la fecundidad; luego, sobrevendría una tercera instancia, durante la cual también la fecundidad comenzaría a descender y, por ende, declinarían las tasas de aumento de la población, aunque sólo lo harían moderadamente, debido al efecto de inercia demográfica propio de una estructura por edad todavía joven; por último, en una cuarta etapa, la combinación de bajas tasas de fecundidad y mortalidad originaría un crecimiento muy bajo, a veces nulo o levemente negativo.

Ciertamente, la evolución demográfica experimentada por los países actualmente desarrollados se fue consolidando dentro de una matriz histórica peculiar, cuyos vectores económicos, sociales, políticos y culturales les fueron específicos. Resultaría impropio, por lo tanto, establecer una simetría entre aquellos procesos con los que se desenvuelven en otros contextos, como el de América del Sur. Sin embargo, esta objeción no impide reconocer los méritos heurísticos del modelo de la transición demográfica; así, con las debidas salvedades metodológicas, puede ser un instrumento útil en la ilustración de las situaciones observables en la región. Una primera consideración de orden general conduciría a reconocer que, dentro de América del Sur, coexisten las cuatro instancias antes mencionadas, aunque lo hacen de una manera desigual. Dado que las evidencias empíricas asimilables a cada una de esas instancias exhiben distintas proporciones dentro del conjunto regional, el resultado ponderado, o promedio, parece aproximarse a aquello que sería distintivo de las postrimerías de la tercera etapa de la transición. En efecto, al iniciarse la última década del siglo XX, América del Sur ya muestra signos nítidos de un rápido descenso de la fecundidad que, combinado con niveles relativamente bajos de mortalidad, motiva una tasa de crecimiento de magnitud moderada. Si bien esta situación media se ve afectada por el fuerte peso relativo de los países más poblados (Brasil, Argentina y Colombia), ella también reflejaría las tendencias verificadas recientemente en la mayoría de los otros casos nacionales.

Durante las dos décadas previas a 1990, el comportamiento demográfico de gran parte de los países de la región ha revelado los efectos de profundos cambios. Estos pueden sintetizarse, en términos de los componentes del cambio de población, a través de una mortalidad que ya venía descendiendo desde el decenio de los treinta, pero cuya disminución asumió especial importancia

en el período de posguerra, y de una fecundidad que experimentó una considerable retracción en años recientes, particularmente a contar de la segunda mitad de los sesenta. Estas tendencias adquirieron peso dentro de un ámbito demográfico en el que se desencadenó, con singular intensidad, un vigoroso proceso de urbanización que, nutrido por ingentes transferencias de efectivos procedentes del medio rural, involucró una virtual traslación del eje de la economía desde el campo hacia la ciudad. Al respecto puede indicarse que hacia 1990 alrededor de las tres cuartas partes de los habitantes de la región residían en áreas urbanas. A estos cambios cabe agregar un significativo incremento de las corrientes migratorias internacionales, tanto dentro de la propia región, a menudo entre países limítrofes con un diferente grado de desarrollo de sus fuerzas productivas, como hacia fuera de ella.^{2/} Tal complejo de alteraciones en la dinámica demográfica resultaría inexplicable si no se hubiese desenvuelto en medio de una trama de transformaciones operadas en las estructuras económicas y sociales nacionales.

Según las proyecciones demográficas, a lo largo de las tres décadas posteriores a 1990 la fecundidad de la población de América del Sur continuaría decreciendo, hasta estabilizarse en algo más de 2 hijos por mujer, cifra que, además de ser inferior a la mitad de la registrada al comienzo de los años setenta, implicaría un potencial mínimo de reemplazo de la población regional. También se espera que prosiga el descenso de la mortalidad, particularmente en el Brasil y los países andinos; como promedio, la esperanza de vida al nacer de la población sudamericana se situaría alrededor de los 73 años al iniciarse el segundo decenio del siglo XXI (una ganancia de 20 años con relación a 1950). Respecto de la migración internacional puede decirse que, a pesar del reciente incremento de su importancia numérica (en términos absolutos), su peso no ha sido suficiente como para introducir alteraciones realmente significativas del crecimiento y de la estructura por edad de la población de los países y de la región en general; como, por otra parte, las bases empíricas disponibles restringen la posibilidad de levantar supuestos sólidos sobre su futuro desenvolvimiento, en las proyecciones se supone que esta variable no ejercerá un mayor impacto sobre las tendencias demográficas entre los años 1990 y 2025. Finalmente, con relación al proceso de urbanización, puede señalarse que, al parecer, los cambios más importantes ya se han producido: con excepción del Paraguay, todos los países de la región tenían una población que ya era mayoritariamente urbana en 1990.

Tal como ocurre con la repartición geográfica de la población sudamericana, las diferencias que se observan entre los parámetros demográficos nacionales son lo bastante marcadas como para restar generalidad a la situación media descrita. Sin embargo, al analizar las proyecciones de población se advierte que, de cumplirse los supuestos sobre los cuales ellas descansan, esa

^{2/} Los movimientos migratorios que acaecen entre países de la región no afectan, por cierto, las características generales de la población sudamericana, aunque sí pudieran hacerlo respecto de la de los países individualmente considerados. Dado que el énfasis de esta exposición alude a las tendencias demográficas futuras, tal como ellas se presentan en las proyecciones vigentes, la migración internacional no es objeto de análisis. Un tratamiento de este tema puede encontrarse en CELADE (1991), *op. cit.*, y en Pellegrino, A. (1990), Migración internacional de latinoamericanos en las Américas, Caracas, UCAB/CELADE/ACDI.

heterogeneidad iría progresivamente desdibujándose, para ceder su lugar a una suerte de convergencia en torno a valores comunes. Es decir, si bien aún en el quinquenio inicial de los años noventa se distinguen rasgos que permiten diferenciar a los países de América del Sur, éstos se harían cada vez menos marcados al aproximarse el año 2025. Esta observación tiene una importancia no desdeñable, en la medida que los efectos de las variables demográficas promoverían, gradualmente, estructuras y dinámicas nacionales de población que no serían tan distintas como lo han sido hasta años recientes. Debe tenerse en cuenta, por cierto, que esta esperada tendencia a la homogeneidad cobraría validez a escala de los países, siendo posible que las discrepancias intranacionales persistan por un tiempo mayor. Los comportamientos demográficos exhibidos por los distintos estratos socioeconómicos, grupos étnicos y espacios identificables dentro de cada país son lo suficientemente desiguales como para suponer una mantención de estas brechas.

III. LA TRANSICION DEMOGRAFICA A ESCALA DE PAISES

De acuerdo a los niveles de fecundidad y mortalidad alcanzados por los países sudamericanos durante el primer lustro de los años noventa, es posible intentar una agrupación de los mismos según las instancias de la transición demográfica a las que corresponderían aquellos parámetros. Este ejercicio analítico permitirá contrastar las tendencias del crecimiento de la población de las naciones de América del Sur entre 1990 y 2025, a la vez que inspeccionar la evolución esperada de los componentes del cambio demográfico natural (tasas de natalidad y mortalidad). Es preciso recordar que el crecimiento real (total) de una población nacional incluye un tercer componente, constituido por los movimientos migratorios que se materializan a través de las fronteras nacionales; sin embargo, como los efectos relativos de la migración internacional en la determinación del crecimiento y la estructura por edad de la población han sido escasos, y como sus fluctuaciones suelen ser súbitas y de difícil predicción, se ha omitido su tratamiento específico.

Mediante una expresión gráfica (Diagrama 1) se representa la ubicación de los países, a comienzos de los años noventa, conforme a los rangos con los que se distinguen sus respectivas tasas brutas de natalidad y mortalidad. Como se sabe, la diferencia entre ambas tasas acota el ritmo de crecimiento demográfico natural. Si bien no se trata de medidas confiables de las variables subyacentes (fecundidad y mortalidad), porque sus valores se ven afectados por la estructura etaria y la composición por sexo de cada población particular, las tasas brutas permiten expresar adecuadamente el crecimiento de la población, así como considerar los efectos de este último sobre las estructuras demográficas.

Los datos representados sugieren una relativa dispersión de los comportamientos demográficos nacionales, aunque la mayoría de los países (6) se sitúa dentro de la franja de moderado crecimiento demográfico natural. Puede apreciarse que la disposición general de los casos depende principalmente de la incidencia ejercida por la tasa bruta de natalidad. En efecto, los países en los cuales el incremento demográfico exhibe mayores intensidades corresponden, de modo sucesivo, a Perú, Bolivia y Ecuador, los mismos que, con otro orden, poseen las tasas brutas de natalidad más elevadas; por el contrario, Uruguay y Argentina tienen los niveles menores de

natalidad y son también los países donde el ritmo de crecimiento demográfico es más bajo. En cambio, las tasas de mortalidad muestran diferencias menos acusadas; sólo en Uruguay, a causa principalmente de su estructura por edad envejecida, se registra un nivel relativamente alto. Por otra parte, como lo indica la información contenida en el Cuadro 2, se puede afirmar que, en el contexto de los países sudamericanos, el crecimiento total es casi idéntico al natural; este resultado no hace sino reiterar el escaso efecto de la migración internacional en la dinámica demográfica durante los últimos años.

IV. UN ESBOZO DE TIPOLOGIA DE PAISES SEGUN INSTANCIAS DE TRANSICION DEMOGRAFICA

Si se presta atención a los datos representados, los países de la región podrían agruparse de diversas formas según la etapa de la transición demográfica a la que corresponderían los valores alcanzados por las tasas brutas en la actualidad (al comienzo de la última década del siglo XX). En esta oportunidad se ha optado por reconocer cuatro situaciones-tipo: a) transición incipiente; b) transición moderada; c) plena transición; y, d) transición avanzada. Al describir cada una de estas situaciones, además de considerar las tasas brutas del período inicial, se tomarán en cuenta otros indicadores que miden con mayor precisión los componentes del crecimiento demográfico natural.

a) Transición incipiente: Bolivia es el país de América del Sur que en la actualidad posee la tasa de natalidad más elevada; al mismo tiempo, su nivel de mortalidad, dadas las características juveniles de su estructura por edad, resulta ser moderadamente alto. Por efecto de la diferencia entre los valores que asumen ambos componentes, la tasa media anual de crecimiento demográfico natural puede ser considerada, dentro del contexto regional, como alta (25 por mil); sin embargo, si los avances en el control de la mortalidad hubiesen guardado una concordancia mayor con las condiciones que presenta la estructura etaria de la población, el indicador del crecimiento podría haber sido aún más elevado. En 1990 Bolivia contaba con 7.2 millones de habitantes, representando cerca del 2.5 por ciento de la población total de América del Sur; se proyecta que en la década de los noventa ese total se vea incrementado en unos 1.9 millones de personas, mientras que hacia el año 2025, luego de una gradual retracción en la intensidad del incremento, el número de efectivos se elevará a 14 millones, cifra que virtualmente duplicará la de 1990.

La tasa global de fecundidad de Bolivia, con 4.6 hijos por mujer, es la más elevada de la región y continuará siéndolo hasta el término del presente siglo. Sin embargo, el análisis de las tendencias detectadas y previstas sugieren el desencadenamiento de un significativo descenso de los niveles reproductivos en las próximas décadas, de modo que es probable que la tasa global de fecundidad llegue a sólo 2.6 hacia el año 2025 (Cuadro 3). La mortalidad, medida por la esperanza de vida al nacer, se estima en aproximadamente 61 años; como este valor resulta ser más de 7 años menor que el promedio regional y unos 11 años inferior al detentado por los países sudamericanos

con más baja mortalidad, podría decirse que en este país resta mucho por avanzar en materia de salud. De acuerdo con las proyecciones de población este evidente rezago se irá superando durante las décadas venideras y se espera que hacia el 2025 la actual brecha quedará reducida en forma considerable, ya que la esperanza de vida de la población boliviana llegaría a más de 72 años, cifra que eventualmente excedería a la de otros países de América del Sur por aquel entonces (Cuadro 4). En síntesis, al comenzar los años noventa, los niveles de los indicadores de fecundidad y mortalidad de la población de Bolivia son asimilables a los de una situación demográfica propia de las etapas iniciales de una transición, apreciándose la existencia de un amplio potencial de reducción. Con todo, las tendencias percibidas en años recientes llevan a sostener que se encontraría en vías de emprender una veloz transición demográfica.

b) Transición moderada: También este tipo de situación cuenta con un solo exponente: Paraguay. Sus tasas brutas de natalidad y mortalidad en el quinquenio 1990-1995 se estiman como moderadas, dejando una tasa media anual de crecimiento del 21 por mil. Con cerca de 4.3 millones de habitantes en 1990, la población de Paraguay no llegaba a constituir el 2 por ciento del total de la región; entre 1990 y 2000 los residentes se incrementarían en 1.3 millones de personas y, como se ha previsto una mantención del ritmo de aumento demográfico, hacia el año 2025 se llegaría a unos 9.2 millones de personas, más del doble del número detectado en 1990. En otros términos, el potencial de acrecentamiento de la población de Paraguay tendería a superar aquel de Bolivia, lo que se debe a que se ha proyectado un descenso menos pronunciado de sus niveles de fecundidad.

Como en Bolivia, la tasa global de fecundidad vigente a comienzos de los años noventa en Paraguay supera los 4 hijos por mujer. Pero, a diferencia del caso boliviano, respecto del cual se ha supuesto que esa tasa disminuya en dos hijos por mujer entre 1990 y 2025, en el paraguay la declinación proyectada es bastante menos acentuada, alcanzando sólo a un hijo (Cuadro 3). Por lo tanto, se estima que al enterarse el primer cuarto del siglo XXI, Paraguay ostentaría la más alta tasa global de fecundidad en América del Sur (3.1 hijos por mujer). Tal condición podría reflejar la persistencia de patrones de comportamiento reproductivo propios de un contexto social en el que persistiría una alta incidencia de la ruralidad. Con respecto a la esperanza de vida al nacer, este país presenta, desde cierto tiempo, un valor superior al de otros que se ubican en instancias más avanzadas de la transición demográfica; en efecto, aquel indicador llegaba a los 67 años en el quinquenio inicial de los noventa y, conforme ha sido su evolución en el pasado, se espera que se eleve a los 70 años en el 2025 (Cuadro 4).

c) Plena transición: Seis de los países de América del Sur (Brasil, Colombia, Chile, Ecuador, Perú y Venezuela) integran un grupo cuya situación demográfica puede ser descrita como de plena transición. Tal conjunto reúne al 84 por ciento de los habitantes de la región y se ha proyectado que tal gravitación persistirá en el primer cuarto del siglo XXI. Por consiguiente, sus indicadores contribuyen decisivamente a perfilar los contornos medios de las condiciones de cambio de la población sudamericana. Durante los últimos diez años del siglo XX, la población de este grupo de países experimentaría un incremento neto de 43 millones de personas, en tanto que el aumento esperado hasta el año 2025 sería de 132 millones, cifra equivalente a la mitad de la población total

que tenían en 1990. De estos valores se desprende que el ritmo medio anual de crecimiento demográfico de este grupo sería claramente inferior al de los dos precedentes.

La tasa global de fecundidad de este tercer conjunto alcanza en el período inicial (1990-1995) un promedio de 3.1 hijos por mujer, esperándose que hacia el 2025 descienda en 1 hijo. Aunque los niveles de fecundidad de los países que integran este grupo muestran diferencias en los quinquenios iniciales, las tendencias proyectadas conducen a crecientes similitudes (Cuadro 3). De este modo, Ecuador y Perú, que a inicios de los noventa presentan las mayores tasas globales de fecundidad (3.6 hijos por mujer), en el quinquenio 2020-2025 llegarían a valores ostensiblemente cercanos al promedio del grupo (2.1 hijos por mujer) en esa fecha. A su vez, la esperanza de vida al nacer, con un valor medio de 68 años al comienzo de los noventa, se elevaría a unos 73 años en la segunda década del siglo XXI (Cuadro 4). También en este caso se advierte que la diversidad inicial de los valores nacionales tendería a desaparecer con el correr del tiempo. Mientras que en Chile y Venezuela el indicador ya sobrepasaba los 70 años en 1990-1995, en los demás países del grupo esa cifra sólo sería alcanzada alrededor del 2010; posteriormente, todas estas naciones asumirían valores sensiblemente similares.

Como lo señalan las cifras de las proyecciones, la evolución de los componentes del crecimiento natural de este grupo de países contribuye decisivamente a modelar la tendencia hacia una situación demográfica común en el conjunto de América del Sur. Aunque este fenómeno de convergencia se haría plenamente manifiesto a partir del tercer quinquenio del siglo XXI, parte importante del cambio en tal dirección ya ha acaecido. En rigor, un factor fundamental de la trayectoria que se ha proyectado, cual es el pronunciado descenso de la fecundidad, encuentra sus raíces en un vertiginoso proceso iniciado, en la mayoría de los países, durante las dos décadas previas a 1990. Por su parte, la esperanza de vida al nacer había alcanzando en aquel año valores que en naciones aún en vías desarrollo, como las que integran este grupo, resultan ser de muy difícil superación. De estos comportamientos parecería desprenderse, entonces, que los cimientos de la transición demográfica de este tercer grupo ya se han concretado y que lo han hecho siguiendo orientaciones y ritmos diferentes de aquellos exhibidos por las naciones actualmente desarrolladas. Estas discrepancias no sólo conciernen a la distinta celeridad de los cambios, sino esencialmente a las condiciones estructurales dentro de las cuales se han ido procesando.

d) Transición avanzada: Argentina y Uruguay son los únicos países sudamericanos cuyas actuales condiciones demográficas permitirían reconocer una transición avanzada. Ello ha sido fruto de un proceso que se ha venido consolidando desde largo tiempo y que se refleja, con suficiente claridad, en los valores alcanzados por los indicadores básicos, no sólo en el quinquenio 1990-1995 sino bastante antes. Se trata de los países donde las tasas brutas de natalidad detentan los guarismos más bajos y, en cambio, las de mortalidad, por efecto del peso relativo de sus cohortes de edades elevadas, aparecen como altas. Esta combinación origina ritmos anuales de crecimiento natural que son los menores de la región, asunto que adquiere especial notoriedad en el caso uruguayo (con una tasa de incremento de sólo 7 por mil). Hacia el futuro se ha proyectado que la población se incremente de un modo apenas moderado. En conjunto, argentinos y uruguayos

sumaban 36 millones en 1990, hacia el 2000 esa cifra se vería acrecentada en 3 millones y en el 2025 la población total de ambos países sería un 39 por ciento mayor que la existente en 1990.

En promedio, la tasa global de fecundidad de la población de Argentina y Uruguay llegaba a 2.6 hijos por mujer en 1990-1995, valor parecido al que ya exhibían en décadas anteriores. Según las proyecciones demográficas, durante la primera mitad del decenio del 2000 esa tasa global sería similar a la del promedio del tercer grupo de países (en plena transición), semejanza que contribuye a acentuar la imagen de convergencia entre los niveles reproductivos de las naciones de América del Sur. Aún mayor visibilidad exhibiría esta condición en el año 2025, cuando se espera que este Grupo IV presente un promedio de 2.2 hijos por mujer, cifra prácticamente idéntica a la que, por ese entonces, detentaría el Grupo III (Cuadro 3). Con relación a la esperanza de vida al nacer, su valor actual (1990-1995) se estima en 72 años como promedio, proyectándose un aumento de otros 2 años hacia fines del primer cuarto del siglo XXI; tal como se ha supuesto respecto de la fecundidad, la esperanza de vida al nacer del Grupo IV alcanzaría valores homólogos a los del Grupo III en el 2025 (Cuadro 4).

V. DINAMICA DEMOGRAFICA Y ESTRUCTURA POR EDAD DE LA POBLACION

Parecería inferirse del ejercicio precedente que las tasas globales de fecundidad y los niveles de mortalidad, expresados por la esperanza de vida al nacer, asumirían condiciones similares en las distintas poblaciones nacionales de la región hacia el año 2025. Sin perjuicio de reconocer que esta eventual generalización de los comportamientos demográficos encontraría, por lo menos, dos excepciones (Bolivia y Paraguay), es necesario considerar que un esfuerzo de proyección a largo plazo, como éste, que contempla un horizonte de 35 años (1990-2025), está expuesto a los riesgos inherentes al cumplimiento efectivo de los supuestos sobre los que se apoya. En todo caso, de aceptarse las tendencias proyectadas, cabría anotar que, a causa de la diferente intensidad con que se procesarían los cambios en los componentes demográficos, la tasa de crecimiento natural de la población de América del Sur se haría equivalente a la de los países que más han avanzado en su transición (Argentina y Uruguay) recién después del año 2010; durante la década de los noventa, en tanto, el ritmo de incremento seguiría siendo moderado, con una tasa media anual cercana al 16 por mil.

Una reducción en la intensidad del crecimiento como la señalada resulta importante, especialmente por los efectos que le son concomitantes, y que inciden en diversos aspectos de la realidad económica y social. Ahora bien, ha de tenerse en cuenta que la mayoría de esas repercusiones se ejercen a través de los cambios que experimentan las estructuras por edad de las poblaciones. Más allá de su ritmo de incremento general, una población no se comporta de manera homogénea según se consideren los diversos grupos etarios. Desde luego, de acuerdo con la instancia de la transición demográfica por la que atravesase un país, la significación de tales grupos será distinta. Aun cuando las proyecciones sugieren que, a largo plazo, en la región sudamericana se configuraría un ámbito demográfico en el que, por encima de las diferencias, predominarían las semejanzas, ello no implica desconocer que los caminos por los que se llegaría a la supuesta

convergencia son disímiles. Es decir, pese a que los resultados de las proyecciones demográficas nacionales muestran que en el año 2025 las estructuras etarias serían bastante próximas entre sí, es indudable que sus respectivas modalidades de transición darían lugar a distinguos no despreciables durante el lapso de 35 años que antecede a la fecha final.

Como se sabe, los cambios de los componentes demográficos inducen a alteraciones en el perfil de las pirámides por edad de las poblaciones. Así, a medida que la fecundidad desciende, comienzan a perder peso los grupos más jóvenes; un efecto inicial de esa modificación es el ensanchamiento de los escalones correspondientes a las personas que se encuentran en edades activas. Cuando los descensos de la fecundidad hayan asumido un carácter sostenido en el tiempo, como expresión de una efectiva y profunda transformación del comportamiento reproductivo, alcanzándose niveles bajos en los indicadores de aquella variable, comenzará a notarse un incremento marcado en la proporción de población de la llamada tercera edad. Por consiguiente, el concepto de transición demográfica, particularmente en cuanto atañe al proceso de disminución de la fecundidad, también concierne a las transformaciones en las estructuras por edad. Sin embargo, es preciso admitir que en este caso la concomitancia no es un sinónimo de simultaneidad, dado que las alteraciones en una de las dimensiones de la realidad demográfica repercutirán sobre las demás, pero lo harán en forma diferida en el tiempo.

Reflejando el carácter reciente de las tendencias de cambio, en 1990 la población sudamericana seguía siendo esencialmente joven: un 35 por ciento de ella era menor de 15 años. De acuerdo a las proyecciones, en el año 2025, en cambio, este grupo sólo constituiría un 23 por ciento de la población total de la región (Cuadro 5). Por su parte, la fuerza de trabajo potencial, integrada por las personas de 15 a 59 años, aumentaría su participación relativa entre 1990 y 2010, pero luego tendería a disminuirla. El único grupo que, a lo largo de todo el período de la proyección, presentaría un incremento sostenido en cuanto a su proporción de la población total es el de las personas de 60 y más años de edad: en 1990 apenas 7 de cada 100 sudamericanos pertenecían a este conjunto, en el 2025 su porcentaje llegaría a 15. En suma, la población de la región se distinguiría por una clara tendencia hacia el envejecimiento. Esto es, en general, válido respecto del conjunto de la región. Aunque las estructuras por edad de las poblaciones nacionales tenderían a asemejarse hacia el año 2025, los patrones de cambio entre 1990 y aquel año final guardarían también diferencias, las cuales no pueden quedar inadvertidas cuando se intenta evaluar los posibles impactos extra-demográficos que les serían inherentes.

Siendo efectivo que el envejecimiento aparece como un común denominador de las tendencias proyectadas, la contrastación entre los países agrupados según diferentes instancias de la transición demográfica permite también advertir discrepancias. Estas últimas se manifiestan tanto con relación al momento en que las proporciones de personas de tercera edad adquieran un peso considerable, como respecto de los cambios correlativos en la importancia de los otros grandes estratos de edad. Así, por ejemplo, recién en el año 2020 se esperaría que, en promedio, las personas de 60 y más años de edad llegasen a representar un 13 por ciento de la población total de los países en plena transición demográfica (tercer grupo), proporción que ya había sido alcanzada en 1990 por sus congéneres de transición avanzada (cuarto grupo); por su parte, la

incidencia relativa de los mayores de 60 años en Bolivia y el Paraguay (grupos uno y dos, respectivamente) ascendería al 9 por ciento en el año 2025, magnitud que sería detentada por los países del tercer grupo alrededor del 2005. Comentarios de un tipo similar podrían efectuarse acerca de la forma de evolución de los otros grandes tramos etarios.

Los efectos más importantes de los cambios proyectados en las estructuras por edad de los países incluidos en las categorías que corresponden a las instancias iniciales de la transición demográfica, Bolivia y Paraguay, se manifestarán a través de las transferencias de efectivos desde las cohortes más jóvenes hacia las de edades activas. En particular, se estima que hacia el 2025 Bolivia asumirá una composición por grupos quinquenales de edades semejante a la que Uruguay exhibía ya en 1950. Como un contraste de lo anterior, cabe hacer notar que Brasil, cuya pirámide de edades era similar a la de Bolivia en 1950, mostraría una evolución tal que hacia el año 2025 sus perfiles serían bastante parecidos a los que Uruguay adoptaría en aquel entonces (Gráfico 1). Esta discrepancia entre las trayectorias de las estructuras por edad permite sugerir que sus ritmos de cambio pueden desencadenarse con diferente celeridad una vez que han ocurrido ciertas modificaciones propias de la etapa de la transición demográfica por la que atraviesa un país. Esta misma observación refuerza la necesidad de considerar las proyecciones a largo plazo con bastante cautela: si la fecundidad de Bolivia declinase con mayor vigor que el detectado en el pasado, lo cual es un hecho bastante probable, la evolución hacia una estructura menos juvenil podría acelerarse.

Asimismo, el ejemplo anterior ilustra cómo las repercusiones ejercidas por las modificaciones en los componentes de cambio natural de la población se escalonan de acuerdo con los tamaños de las respectivas cohortes, configurando un factor de inercia demográfica. Aunque la fecundidad experimente un descenso relativamente súbito, y éste posea un carácter generalizado entre los diversos grupos que componen la población, sus efectos sobre la natalidad, como respecto de la tasa de crecimiento natural, no se harán notar de modo inmediato. En efecto, el nuevo comportamiento reproductivo involucrará, durante un lapso no menor de uno a dos decenios, cohortes de mujeres en edad fértil que, como fruto de los niveles más altos de la fecundidad en el pasado, serán cada vez más numerosas. Por consiguiente, el carácter juvenil de una población es un atributo que tenderá a persistir aun después de registrada una disminución de la fecundidad; es decir, las retracciones en el ritmo de incremento demográfico se irán transmitiendo gradualmente desde un grupo de edades al siguiente. Desde luego, la estrecha interacción entre la composición por edad y la dinámica de una población implica tanto la determinación de los potenciales de crecimiento como la incidencia de la inercia demográfica antes señalada.

Los cambios en la composición por edades de la población pueden expresarse a través de la dinámica particular de los estratos etarios. Al considerar las tasas medias anuales de crecimiento de éstos, el hecho más sobresaliente en las proyecciones es que los mayores valores corresponden a la población de 60 y más años de edad. Esta condición es compartida, aunque de manera desigual, por los cuatro grupos de países identificados de acuerdo a las instancias de la transición demográfica (Cuadro 6). Entre la población total de América del Sur esa tasa se elevaría desde el 27 por mil durante el último decenio del siglo XX hasta el 35 por mil en la segunda década del siglo XXI. De conformidad con lo que ha sido el desenvolvimiento demográfico de los países en

las décadas anteriores a 1990, el ritmo de incremento de la población de la tercera edad alcanzaría sus expresiones más moderadas en Argentina y Uruguay, en tanto que la mayor aceleración se presentaría en el Paraguay y las naciones que componen el tercer grupo (en plena transición). Este fenómeno ocurriría conjuntamente con un descenso radical en el ritmo de crecimiento de los menores de 15 años de edad, cuya tasa regional asumiría un valor nulo, con tendencias negativas, a lo largo de todo el primer cuarto del siglo XXI. Tal evolución reproduce con bastante fidelidad lo que, según se ha proyectado, ocurriría en el tercer grupo de países; en Bolivia y Paraguay, donde las declinaciones de la fecundidad han sido más recientes y menos intensas, las tasas de crecimiento de la población menor de 15 años disminuirían, pero sin llegar al extremo de asumir valores nulos.

También la población en edad de trabajar (15 a 59 años) experimentaría una vertiginosa caída en su ritmo de crecimiento anual; en la región como un todo, esa tasa se reduciría desde el 22 por mil, en los años noventa, hasta el 6 por mil en el quinquenio 2020-2025. Pero este comportamiento a lo largo del tiempo exhibiría discrepancias notorias entre los cuatro grupos de países. En efecto, la disminución sería particularmente abrupta en el caso de aquellos que se encuentran en plena transición, los que asumirían, en la segunda década del siglo XXI, una tasa de incremento similar a la de las naciones que han avanzado más en ese proceso. Análogamente, en Bolivia y el Paraguay este tramo de edades se incrementaría también según un ritmo cada vez menos intenso, pero siempre mayor que el de las respectivas poblaciones totales.

Ya se ha señalado que una proyección a largo plazo involucra los riesgos propios de las incertidumbres que plantea cualquier hipótesis acerca de la evolución futura de los patrones de comportamiento social y demográfico. Podría sostenerse que, en función del factor de inercia, el grado de solidez de las estimaciones variaría de manera inversa con el tiempo de referencia. De esta aseveración, todavía condicional, se desprendería que puede conferirse una mayor confiabilidad a las estimaciones relativas al resto del siglo XX que a las supuestas más allá del año 2000. Aceptando, en principio, que las proyecciones utilizadas no representan sino las líneas gruesas de lo que, con cierta probabilidad, sería la evolución de la población sudamericana dentro de los 35 años posteriores a 1990, cabría reconocer que ellas connotan retos y opciones a ser encarados por las sociedades de la región.

Aunque en párrafos anteriores se ha aludido a los incrementos relativos de los grandes grupos etarios, la identificación de sus efectos requiere también de alguna referencia a las expresiones absolutas del crecimiento. Como parece obvio, estas magnitudes diferirán de acuerdo con el tamaño inicial de cada grupo y con su ritmo de aumento. De este modo, que el conjunto de personas de 60 y más años de edad presente tasas medias anuales de aumento superiores a las de los demás estratos etarios, no implica que su incremento absoluto sea también el mayor. De los 157 millones de habitantes que configurarían las adiciones netas a la población regional entre los años 1990 y 2025, unos 47 millones (un 30 por ciento del total) corresponderían al grupo de 60 y más años de edad. Estas cifras pudieran dejar la imagen de una lentitud en el proceso de envejecimiento. Sin embargo, este aumento absoluto supondría que, durante ese lapso de 35 años, el número de personas en edades pasivas más que se triplicaría; en igual período la población total se acrecentaría sólo 1.5 veces.

Como sería de esperar, las proyecciones señalan que la mayor parte del incremento neto absoluto de la población sudamericana entre 1990 y 2025 sería aquel de las personas en edades activas (15 a 59 años). Este alcanzaría a unos 109 millones de individuos (un 69 por ciento del aumento de la población total). Se ha proyectado que el número de personas potencialmente activas sería 2.6 veces mayor en el año 2025 que en 1990. El índice de dependencia demográfica, calculado como la relación entre la población en edades no activas (menores de 15 años y mayores de 59) por cada cien hipotéticamente activos disminuiría desde 72 en 1990 a 61 en el 2025. Pero es preciso añadir que este cambio se debería esencialmente a la notable declinación relativa que afectaría a la población menor de 15 años. En otros términos, habría un paulatino reemplazo de la dependencia infantil por otra de ancianos, los efectos de cuyo acrecentamiento a lo largo del tiempo no deberían quedar inadvertidos. De acuerdo con los supuestos de las proyecciones, el número absoluto de los menores de 15 años prácticamente no experimentaría incremento entre 1990 y 2025; la ganancia neta pertinente sería de apenas 1 millón de personas en el período de esos 35 años. Estas cifras realzan otra faceta del proceso de envejecimiento demográfico, una de cuyas señales más distintivas es el angostamiento en la base de la pirámide de población.

Naturalmente, los datos anteriores son el fruto de efectos a un largo plazo y, por lo mismo, los resultados del ejercicio numérico podrían inducir a una interpretación poco rigurosa. En primer lugar, ha de tenerse presente que los movimientos señalados son meros saldos netos de aquello que ocurriría entre las fechas que acotan el período de 35 años; como se deduce de la información utilizada (Cuadros 5 y 6), esos cambios asumen distinta intensidad a través de los diferentes quinquenios, sin configurar comportamientos absolutamente lineales. En segundo término, y esto es una reiteración de lo dicho, los patrones de evolución de los países no son idénticos a los del promedio regional; hay diferencias que se constatan no sólo entre grupos de países clasificados según instancias de la transición demográfica, sino también entre naciones específicas. Tercero, como también se ha insistido, el grado de realismo de las proyecciones más allá del siglo XX tiende a hacerse difuso; esto se debe a que los supuestos sobre los que se apoyan dependen de constataciones empíricas sobre trayectorias de cambio demográfico observadas en el pasado, aunque su futura vigencia no tendría por qué constituir un forzoso designio. Por último, no puede descartarse el efecto eventual de un cuarto factor de distorsión: a medida que las sociedades adquieren un conocimiento más cabal de sus expresiones demográficas, y de las repercusiones y determinaciones de las mismas, tienden a incrementar sus capacidades de modificación deliberada sobre los fenómenos intervinientes.³

³ Un ejemplo es el del descenso de la fecundidad acaecido en la mayoría de los países de la región, especialmente a partir de la segunda mitad de la década de los sesenta; la celeridad con que se produjo esta disminución resultó ser bastante superior a lo supuesto en las proyecciones vigentes en aquel entonces y, por lo mismo, éstas tendieron a exagerar la intensidad del crecimiento natural de la población. Aun cuando los múltiples factores que contribuyeron a la consolidación de nuevas pautas reproductivas, así como a su generalización a través de las sociedades y los espacios nacionales, se encontraban en operación desde largo tiempo, es probable que su expresión concreta se haya acelerado después que los medios anticonceptivos estuvieron al acceso del grueso de la población. Desde este punto de vista, aquella disponibilidad habría coadyuvado a que las decisiones relativas a la reducción del tamaño de la descendencia se hiciesen materialmente

Hechas todas las salvedades precedentes, los resultados del ejercicio numérico podrían ser interpretados como un campo de posibilidades. En tal sentido, parecería evidente que algunos de los mayores desafíos a ser enfrentados por los países de la región son aquellos relativos a la esfera del empleo. Los antecedentes suministrados por las proyecciones aluden a unas ingentes potencialidades laborales cuya materialización dependerá de las acciones que se emprendan con suficiente anticipación. De otro lado, la retracción que experimentaría la población en edad escolar daría lugar a otro importante desafío, cual sería el de una utilización más imaginativa de los recursos destinados a proveer capacitación. Todo lo anterior no debiera ocultar el fuerte incremento de los requerimientos en materia de salud curativa y seguridad social involucrados por el sustancial aumento absoluto en el número de personas de la tercera edad. En suma, el ejercicio brinda una compleja yuxtaposición de potenciales demandas futuras. Pero, además de las repercusiones económicas asociadas a las estructuras etarias proyectadas, las cifras mencionadas entrañarían radicales transformaciones de una serie de pautas sociales y culturales.

VI. DISTRIBUCION ESPACIAL DE LA POBLACION

Con una superficie total que abarca más de 17 millones de km², América del Sur es una de las regiones mundiales con menor densidad de población: hacia 1990 contaba con 17 habitantes por km², cifra que, según las proyecciones, aumentaría a 20 en el año 2000 y a 26 en el 2025. Las más altas densidades demográficas nacionales en 1990 correspondían a los países andinos septentrionales (Ecuador con 39 habitantes por km²; Colombia con 28; Venezuela con 22); en cambio los valores más bajos se registraban en los países mediterráneos (Bolivia con 7; Paraguay con 11 y Argentina con 12). En los cuatro países restantes, el número de personas por km² era bastante similar al promedio regional. Naturalmente, las estimaciones de densidad a escala de países son sólo cifras brutas que, por una parte, incluyen territorios extremadamente desiguales en cuanto a sus potencialidades y, por otra, ocultan la fuerte heterogeneidad que presenta la distribución de la población dentro de ellos.

Durante los cuarenta años previos a 1990, los patrones de asentamiento humano de América del Sur cambiaron radicalmente; bastaría con indicar que sólo 4 de cada 10 sudamericanos vivían en el medio urbano en 1950 y que en 1990 esa proporción excedía de 7. Tan notable fue el vigor adquirido por este proceso en aquellas cuatro décadas que la población urbana, al multiplicar su número de habitantes en 4.6 veces, virtualmente absorbió la casi totalidad (94 por ciento) del incremento demográfico neto total de la región; en tanto, la población rural sólo aumentó sus efectivos en un 12 por ciento. Dados los niveles ya alcanzados, no es extraño que los incrementos futuros en el grado de urbanización se vayan haciendo menos marcados; así, hacia el año 2000 el 79 por ciento de la población regional habitaría en localidades urbanas (Cuadro 7). Además, como ya ha venido sucediendo en los últimos años, las tasas de crecimiento de las áreas urbanas continuarán su tendencia descendente. Sin embargo, lo anterior no implica ausencia de cambios; las proyecciones sugieren que en el último decenio del siglo XX disminuiría, en términos absolutos,

posibles.

el número de habitantes rurales, fenómeno que ya se ha hecho patente en los países que detentan los más altos porcentajes urbanos (Argentina, Brasil, Chile, Uruguay y Venezuela).

Frecuentemente se tiende a confundir dos conceptos que, encontrándose estructuralmente vinculados, poseen connotaciones diferentes. En su acepción demográfica, urbanización implica el proceso por el cual una población total va asumiendo crecientes proporciones urbanas; se trata, por lo tanto, de un término cuyo límite superior teórico se alcanzaría cuando todos los habitantes residan en el medio urbano. El crecimiento de la población urbana, por su parte, consiste en el incremento del número de habitantes de las localidades urbanas; en este caso no existiría un límite superior, pues tal aumento acaecerá mientras exista la posibilidad de incremento vegetativo en tal tipo de localidades. Luego, podría ocurrir que la población urbana crezca sin que ello implique aumento de la urbanización; esto sucedería toda vez que la población rural aumentase según una tasa mayor que su contraparte rural. El distingo entre ambos conceptos reviste importancia cuando se procura identificar sus fuentes de cambio o incidir sobre ellas. En América del Sur se detectó que, entre 1950 y 1990, el aumento en la proporción urbana de su población total (o urbanización) se derivó fundamentalmente de transferencias netas de efectivos desde el medio rural, a través de migración y reclasificación de localidades, mientras que el crecimiento de la población urbana en igual lapso se debió, en sus dos terceras partes, a su propio incremento vegetativo.

Por cierto, las cifras anteriores corresponden a promedios regionales y, aunque reflejan lo sucedido en la mayoría de los casos nacionales, no son representativos de cada uno de ellos. Hay evidencias en el sentido que el incremento de la población urbana de Argentina, por ejemplo, encontró gran parte de su dinamismo en la transferencia de población rural. Esta excepción se debería a que, bajo el imperio de un ritmo sostenidamente reducido del incremento vegetativo, el efecto de la migración se torna predominante en la composición del crecimiento total de la población urbana. Hacia el futuro es probable que este tipo de situación se haga presente en algunos otros países. Asimismo, como se ha señalado, se espera que los aumentos de la urbanización sean moderados, pues sus actuales niveles se aproximan, en muchos casos, al límite teórico superior; a su vez, la población urbana continuará creciendo porque el número de nacimientos excede al de las defunciones y porque, se supone, seguirá produciéndose migración de origen rural, así como reclasificación de localidades.

Las observaciones precedentes llevan a sostener la existencia de algunas vinculaciones entre la urbanización, el crecimiento de la población urbana y las condiciones que presenta la transición demográfica. La información disponible permitiría apreciar, hacia 1990, una cierta correlación entre la instancia de la transición demográfica en la que se sitúa cada país y el porcentaje de población urbana alcanzado por el mismo (Cuadro 7). De este modo, los países ubicados en las etapas más avanzadas de esa transición (Argentina y Uruguay) son también los que presentan un mayor grado de urbanización, a la vez que las menores tasas de crecimiento de la población urbana; en cambio, aquellos que se ubican en instancias anteriores del proceso de cambio demográfico (Bolivia y Paraguay) exhiben las menores proporciones urbanas, pero muestran los ritmos mayores de aumento de la población urbana, concordantes con la relativamente elevada intensidad del crecimiento vegetativo de sus respectivas poblaciones. Aunque, según las

proyecciones, esta aparente asociación se mantendría relativamente vigente, por lo menos hasta el año 2000, cabe destacar que ella era todavía más nítida en el pasado.⁴

A modo de hipótesis podría sostenerse que la correlación mencionada se debería a que el desenvolvimiento del proceso de urbanización involucra un complejo de cambios conducentes a la configuración de un contexto societario, económico y cultural dentro del cual asumirían mayor factibilidad las modificaciones en las pautas de comportamiento social y demográfico. Según proyecciones preliminares, hacia el año 2025, el 87 por ciento de la población sudamericana residiría en áreas urbanas; dentro de tal ámbito se desplegarían las tendencias hacia una convergencia en los indicadores demográficos de los países. En el caso particular de Paraguay, en cambio, seguiría mostrándose un grado de urbanización bastante inferior al promedio regional.⁵

Dado el carácter esencialmente urbano que ha ido asumiendo el escenario demográfico de América del Sur, importa destacar que las modificaciones en la distribución espacial de la población dentro de los países, más allá de aquellas inducidas por las desigualdades entre los indicadores de fecundidad y mortalidad, encuentran sus principales expresiones en la migración interurbana. Cada vez se han hecho más frecuentes los cambios de residencia entre diferentes ciudades, aunque ello no debe interpretarse como un sinónimo de desplazamiento sólo hacia las de mayor tamaño. En años recientes se ha observado una creciente "densificación" de las redes urbanas nacionales, fenómeno que ha ido acompañado de un significativo dinamismo de las ciudades de tamaño medio (de 100 mil a 999 mil habitantes), cuyas tasas de crecimiento a menudo han superado las de las áreas metropolitanas. Aunque resultaría prematuro sostener una declinación del grado de primacía que distingue a varios de los sistemas urbanos de los países de la región, existen indicios de que tal tendencia podría cobrar fuerza en un futuro no lejano. Por otra parte, la migración hacia las "fronteras internas" de los países ha adquirido también considerables bríos, involucrando una más intensa ocupación de territorios que, hasta hace corto tiempo, eran clasificados como periféricos.

Otro aspecto de la movilidad espacial de la población que pareciera haberse acentuado es el relativo a los desplazamientos transitorios, los cuales, sin constituir migración, representan una forma de circulación a través de los territorios nacionales, extendiéndose, a veces, más allá de los límites de los países. Es bastante probable que, tal como pareciera desprenderse de información reciente, en los años venideros estas formas de movilidad asuman una importancia todavía mayor. No cabe duda, en todo caso, que el futuro de los movimientos de la población, así como, en general,

⁴ Un análisis más detallado sobre este tema aparece en Villa, M. (1992), Urbanización y transición demográfica en América Latina: una reseña del período 1930-1990, ponencia presentada a la Conferencia sobre el Poblamiento de las Américas (Veracruz, México, 18 al 23 de mayo de 1992).

⁵ Proyecciones de población urbana entre los años 2000 y 2025 aparecen en: United Nations (1991), World Urbanization Prospects, 1990, (ST/ESA/SER.A/105); United Nations (1991), World Population Prospects, 1990, (ST/ESA/SER.A/120).

las perspectivas de su distribución espacial, se encuentra estrechamente vinculado con los procesos de transformación de las estructuras productivas tanto como con el grado de equidad que comporte la repartición de sus frutos; en particular, el funcionamiento de los mercados de trabajo y la atención de las necesidades humanas configuran dimensiones intervinientes de la mayor importancia.

VII. ALGUNAS REPERCUSIONES DE LA DINAMICA DEMOGRAFICA SOBRE SECTORES SELECCIONADOS

Un análisis de las perspectivas del panorama económico y social de América del Sur involucra, como condición necesaria, la identificación de las repercusiones derivadas de la evolución reciente y futura de la población. Tal aseveración es válida tanto por la calidad de factor esencial de oferta y demanda que distingue a la población, cuanto porque sus características representan uno de los fundamentos del cambio social. Procurando ilustrar acerca de esta materia, a continuación se brindan los resultados de algunos ejercicios que simulan eventuales requerimientos sectoriales (en cuanto a empleo, previsión social, salud, educación y vivienda) asociados al desenvolvimiento de las tendencias demográficas durante la última década del siglo XX. Se trata, en rigor, de un conjunto de aproximaciones numéricas, cuyas bases dependen de los supuestos en los que se apoyan las proyecciones demográficas vigentes; además, se ha supuesto que los niveles de las coberturas sectoriales pertinentes serán similares a las últimas detectadas en cada caso. Por consiguiente, las cifras que se proporcionan deben considerarse sólo como órdenes de magnitud y no como valores exactos.

Antes de proseguir es útil recordar que las repercusiones de la dinámica demográfica se hacen sentir a través de varias vías. Probablemente, la más evidente sea la vinculada con el tamaño y el crecimiento de la población. El cambio en la cantidad de habitantes tiende a generar, por lo común, una redefinición del monto y las características de los recursos necesarios para atender las necesidades y hacer efectivas las potencialidades inherentes a todo conglomerado humano; así, si se aspirase a mantener constantes los valores de ciertos índices que relacionan disponibilidades (médicos, maestros, viviendas, puestos de trabajo o infraestructuras) con la cuantía de la población, sería preciso incrementar aquéllas según un ritmo similar, por lo menos, al del aumento de los efectivos demográficos. Dado que no todos los requerimientos podrán ser satisfechos mediante meros incrementos escalares de las disponibilidades, en algunos casos será preciso acometer modificaciones en el tipo de medios a ser utilizados, lo cual suele connotar cambios en las estructuras de costos pertinentes. Entre otras razones, son estas circunstancias las que han llevado a que el tamaño de la población y su tasa de crecimiento sean insumos imprescindibles en la determinación de diversos parámetros macroeconómicos.

Los impactos de las tendencias demográficas reflejan también el comportamiento de los componentes del cambio de la población. Los niveles de fecundidad y mortalidad condicionan, por ejemplo, la cuantía y el tipo de esfuerzos requeridos en el sector salud. A su vez, la migración incide, de modo directo, en la desigualdad que presentan, a lo largo y ancho del espacio, las

demandas en materia de trabajo, vivienda, educación y salud. Otras consecuencias de la dinámica de población se derivan de las modificaciones en las estructuras demográficas; como muchas necesidades y potencialidades humanas varían según la edad, el perfil etario de una población constituye un elemento básico en la programación de políticas sectoriales. Por otra parte, los patrones de distribución territorial de los habitantes imponen condicionamientos adicionales: suministrar servicios a una población concentrada supone modalidades de acción distintas a las que habría que diseñar bajo circunstancias de dispersión demográfica; este distingo se manifestará también en los costos pertinentes.

Mientras en secciones precedentes se ha hecho referencia a América del Sur como un todo, el examen de las repercusiones del cambio de población a esa escala continental constituiría una abstracción. La identificación de requerimientos sociales del conjunto sudamericano se reduciría a meros agregados numéricos, sujetos al riesgo de proyectar una falsa imagen de homogeneidad; en rigor, las coberturas de servicios, como también las políticas pertinentes, poseen especificidades nacionales tan marcadas que la obtención de promedios regionales se convertiría en un ejercicio bastante fútil. Por consiguiente, en las ilustraciones de las repercusiones de las tendencias demográficas, que a continuación se presentan, se ha optado por utilizar datos de cuatro países ubicados en distintas instancias del proceso de transición demográfica: Uruguay, Brasil, Perú y Bolivia. El primero es un ejemplo de transición avanzada, cuyos inicios datan de la década de los treinta; este sostenido proceso ha conducido a que la estructura por edad de la población uruguaya sea la más envejecida de la región. Brasil y Perú forman parte de los países en "plena transición", difiriendo entre sí en cuanto a los niveles de fecundidad y, en especial, de mortalidad alcanzados; así, la población peruana exhibe unos perfiles que aún se asemejan a los distintivos de una etapa anterior de transición. Por último, Bolivia, como fruto de comportamientos demográficos inherentes a las instancias preliminares de la transición, cuenta con la población más juvenil de América del Sur.

a) Sector empleo: Las repercusiones más directas de la dinámica demográfica sobre este sector se manifiestan en el patrón de crecimiento de la población en edad de trabajar. Este factor, en conjunto con los cambios en las tasas específicas de participación laboral según la edad, definen el monto de la mano de obra disponible o población económicamente activa (PEA). Tal concepto comprende, entonces, dos componentes: uno demográfico y otro socioeconómico. Según se desprende de las proyecciones, en los cuatro casos nacionales considerados, más del 95 por ciento del incremento esperado de la PEA durante los años noventa resultaría explicado por el factor demográfico y sólo un 5 por ciento sería imputable a modificaciones en las tasas de participación, reflejando el resultado neto de una reducción en la intensidad laboral de niños y ancianos y de un aumento en la intervención femenina. En todo caso, es evidente que el incremento de la población en edad de trabajar representa el fundamento esencial de la variación esperada en el tamaño de la PEA. No obstante que esta tendencia será compartida, la diferente ubicación de los países dentro del proceso de transición demográfica motivaría un modelo de crecimiento de la PEA específico en cada uno de ellos.

Una nítida expresión de cuán distintas serían las repercusiones del cambio de población sobre el incremento de la PEA es proporcionada por las tasas medias anuales de aumento que esta última tendrá a lo largo del decenio de los noventa. Tal indicador alcanzaría al 0.9 por ciento en el Uruguay, mientras que en Bolivia ascendería al 2.8 por ciento; en el Brasil y el Perú las cifras llegarían al 2.4 por ciento y al 2.7 por ciento, respectivamente (Cuadros 8 a 11). En valores absolutos, los aumentos netos decenales de la PEA ascenderían a 130 mil personas en Uruguay, 15.5 millones en Brasil, 7.6 millones en Perú y 770 mil en Bolivia. Los comportamientos de la PEA del Uruguay y Bolivia reflejan, entonces, los efectos de estructuras demográficas que son radicalmente distintas; a su vez, las tasas relativamente elevadas del Brasil y del Perú revelan cuán reciente ha sido su ingreso a la etapa de plena transición.

Los países que han llegado a instancias más avanzadas de la transición demográfica, como Uruguay y Argentina, se distinguen porque su fecundidad se ha mantenido reducida por largo tiempo; por lo mismo, las sucesivas cohortes de quienes acceden a la edad de trabajar han tendido a hacerse cada vez más similares en términos de su cantidad de integrantes. De igual modo, el número de ingresos a la mano de obra se ha ido asemejando al de los egresos. De estos antecedentes se inferiría que la presión por puestos de trabajo ha alcanzado, en aquellos países, dimensiones reducidas. En Uruguay, por ejemplo, se ha proyectado que hacia el año 2000 la PEA sea menos de un 10 por ciento mayor que en 1990. Por el contrario, en el caso boliviano se está en presencia de un proceso de reducción de la fecundidad que, si bien pareciera ser importante sólo ha cobrado ímpetu en los años cercanos a 1990. Dado este carácter reciente de la transición, se espera que en el año 2000 la PEA de Bolivia sea un 32 por ciento más numerosa que al inicio del decenio de los noventa. Por último, en países donde el proceso se ha estado desarrollando desde las décadas de los sesenta y setenta, la incidencia de la inercia demográfica se ha hecho sentir a través del aumento en el tamaño de las cohortes que ingresan a las actividades laborales. Así, la PEA del Brasil en el 2000 sería un 27 por ciento mayor que en 1990; en Perú este aumento neto llegaría al 31 por ciento. Por otra parte, aunque las tasas brutas de participación (o número de activos por cada cien personas de la población total), debido principalmente al componente demográfico, aumentarán en todos los países, ese incremento sería aún mayor en las naciones que se encuentran en plena transición.

Con el objeto de asegurar una absorción efectiva de las adiciones netas de mano de obra, a lo largo de los años noventa los países se verían enfrentados a la necesidad de realizar inversiones productivas que permitiesen generar un número adecuado de puestos de trabajo. La magnitud del esfuerzo requerido puede detectarse mediante modelos convencionales (agregados) de crecimiento económico.⁶ A modo de ejemplo, se han efectuado estimaciones de los coeficientes de inversión neta implícitos en el logro del propósito señalado. Estos cálculos se han realizado suponiendo un coeficiente de elasticidad empleo/producto de 0.5, lo que significa que un aumento del 1 por ciento en el empleo demandaría un crecimiento del 2 por ciento en el producto total. Además, se ha adoptado un coeficiente de incremento capital/producto de 0.33; es decir, un 1 por ciento de

⁶ Un tratamiento más detenido de este tema se efectúa en Uthoff, A. (1991), "Población y Empleo en América Latina", Notas de Población, Años XVIII-XIX, Nos. 51-52, pp. 155-181.

aumento en el producto involucraría un aumento neto del capital, en relación con la magnitud del producto total, del 3 por ciento. Los resultados obtenidos ilustran una gama de situaciones diversas (Cuadro 12).

Como sería de esperar, los valores de los coeficientes de inversión neta requeridos, si se aspira a absorber productivamente la PEA que se añadiría en los años noventa, son mayores en los países que se encuentran en estadios iniciales de la transición demográfica. Si bien es efectivo que las cifras calculadas, salvo en el caso de Bolivia, son ligeramente inferiores a los coeficientes de inversión bruta (sin incluir el efecto de la depreciación) observados en los años ochenta, no es menos efectivo que, además del componente ligado directamente a actividades productivas, estos indicadores incluyen las asignaciones sociales (en educación, salud y vivienda). En definitiva, parecería ser que la presión sobre los recursos se evidenciaría con mayor peso en los países que recién ingresan al proceso de transición demográfica. No obstante lo dicho, es válido argumentar que la inserción laboral de nuevos contingentes humanos presenta potencialidades adicionales de valoración de los recursos. A ello contribuirían también las inversiones sociales que, en rigor, deben ser consideradas como complementarias de las directamente productivas.

Además de las vinculaciones descritas, es importante considerar que la dinámica de la PEA expresa otras repercusiones del proceso de transición demográfica. Así, las estructuras por edad de la mano de obra son bastante diferentes entre los países; este distingo, sin embargo, tendería a atenuarse en el futuro. Obedeciendo a la condición avanzada de su proceso de cambio de población, Uruguay presenta una PEA relativamente envejecida, con una edad mediana algo superior a los 39 años en 1990, valor que se mantendría prácticamente sin variación durante el resto del siglo XX. La edad mediana de la PEA boliviana, en cambio, se sitúa unos 12 años más abajo y apenas sufriría un ligero aumento en el decenio de los noventa. Los casos del Brasil y del Perú muestran una suerte de posición intermedia respecto de los dos anteriores. Pero debe reconocerse que estas discrepancias no sólo reflejan las condiciones demográficas imperantes, sino también la existencia de distintas tasas específicas de participación según la edad. Una manifestación de este efecto se encuentra en Bolivia, donde la intervención laboral es intensa a lo largo de un amplio rango de edades; aparentemente, circunstancias socioeconómicas y culturales, además de la alta incidencia del trabajo campesino, explicarían el inicio precoz en la actividad y la persistencia en ella hasta edades avanzadas; como resultado, la edad media de la PEA boliviana es bastante mayor que la mediana.

Sin perjuicio de lo dicho, se espera que en el futuro todos los países muestren una cada vez más acusada disminución en los porcentajes de PEA correspondientes a menores de 20 años y a mayores de 60. Si bien esta declinación obedecería, en parte, a un descenso en las tasas pertinentes, motivado por una eventual extensión de las coberturas de escolaridad y de los beneficios de retiro, otra fracción importante del cambio sería imputable, especialmente en los casos de Brasil y de Perú, al aumento en el peso relativo de los grupos de edades medias (20 a 60 años) en la población total. Otro cambio esperado es el ya anticipado de un incremento en los niveles de participación femenina, con lo cual se produciría una declinación en los índices de masculinidad de la PEA, fenómeno que, según las proyecciones, cobraría especial vigencia en Brasil. Por último, a causa de

la fuerte concentración urbana registrada en las últimas décadas, durante los años noventa la mayor parte del crecimiento de la mano de obra se registraría en el ámbito urbano; de este modo, la tasa media anual de crecimiento de la mano de obra urbana llegaría al 4.3 por ciento en Bolivia, al 3.4 por ciento en Perú y al 3 por ciento en Brasil; en Uruguay, en cambio, sólo sería del 1.2 por ciento. Estas tasas exceden a las proyectadas respecto de los totales nacionales y son, ciertamente, superiores a las correspondientes a las áreas rurales, donde se espera que ocurran incrementos nulos o negativos, como sucedería en Uruguay y Brasil, o aumentos medios anuales que apenas bordearían el 1 por ciento en los casos de Perú y Bolivia.

Un análisis más riguroso de las cifras y tendencias descritas, como la progresiva concentración de la PEA en las edades intermedias (20 a 60 años), o su creciente presencia femenina y urbanización, requeriría considerar un conjunto de aspectos estructurales, inherentes a la heterogeneidad y la segmentación que distingue a los mercados de trabajo sudamericanos. Desde este punto de vista, los efectos de la dinámica demográfica sobre la futura evolución de la mano de obra en los países de la región no sólo se manifiestan en términos de desafíos numéricos, sino también en cuanto atañe a diversas dimensiones cualitativas que inciden en la utilización productiva del potencial laboral que se añadirá durante los años noventa. Su análisis, por lo tanto, no debería omitir temas tales como los relativos a la calificación de la fuerza de trabajo, al papel de la mujer en el proceso productivo de bienes y servicios y a la desigual incidencia del subempleo y el desempleo.

b) Sistema de pensiones: Dentro del sector de la seguridad social, el sistema de pensiones es probablemente el aspecto que presenta una más estrecha asociación con la dinámica demográfica. Por cierto, no es éste el único factor interviniente; la influencia de la normatividad política y cultural sobre la naturaleza de los regímenes de pensiones, la edad de retiro, la cobertura o la magnitud de las cotizaciones es evidente.⁷ Sin perjuicio de ello, es indudable que las tendencias hacia el envejecimiento de la población ejercerán un efecto creciente sobre los sistemas de pensiones vigentes en América del Sur. En los países de transición avanzada se perciben claramente las consecuencias de este proceso. A modo de ejemplo, en 1990 se estimaba que por cada 1000 cotizantes activos de Uruguay había unos 750 perceptores de pensiones; no obstante que durante la década de los noventa esta proporción se aminoraría ligeramente, por efecto de la fuerte emigración internacional experimentada en los años setenta, su magnitud sería lo suficientemente alta como para representar un motivo de inquietud (Cuadro 11). En rigor, tanto en Uruguay como en Argentina, los esquemas institucionales de pensiones enfrentan severas dificultades que se traducen en elevados déficits financieros, altos costos monetarios que deben ser afrontados por el sector público y montos relativamente reducidos de las prestaciones individuales. No extraña, por

⁷ Un tratamiento especializado sobre estos temas aparece en: Uthoff, A. y Szalachman, eds., (1991), Sistema de Pensiones en América Latina, Santiago de Chile, CEPAL/PNUD ; Mesa-Lago, C. (1990), La Seguridad Social y el Sector Informal, Santiago de Chile, PREALC ; Mackenzie, G. (1988), "Social Security Issues in Developing Countries: the Latin American Experience", en Working Paper (Fiscal Affairs Dept., International Monetary Fund), N° 0473/1216/3221, pp 496-522.

lo tanto, que el sector de seguridad social se haya convertido en tema de gravitante preocupación, dando lugar a sugerencias en el sentido de instaurar sistemas de pensiones basados en mecanismos de capitalización. Como tales cambios, de ser introducidos, tendrían una aplicación gradual, la carga representada por quienes continuarían insertos en el sistema tradicional seguiría existiendo por un cierto tiempo en el futuro.

Bajo diferentes condiciones se encuentran los países del grupo en plena transición demográfica. Aunque este conjunto es bastante heterogéneo, en los dos casos seleccionados, Brasil y Perú, se registraban coberturas más bien reducidas de seguridad social en 1990 (Cuadros 9 y 10). Parte de esta situación es explicada por factores ligados al funcionamiento de los sistemas; sin embargo, no puede desconocerse que ella se deriva también del carácter incipiente que comporta el proceso de envejecimiento. Si bien en ambos casos se espera que la tasa de crecimiento de la población en edad de retiro asuma una mayor velocidad en los años noventa, los aumentos absolutos no serían considerables; además, como se ha proyectado que la PEA continúe incrementándose a un ritmo relativamente alto, seguiría existiendo un amplio potencial de expansión de la población cotizante. Este potencial se vería fortalecido por el carácter mayoritariamente urbano de la mano de obra ya que, como es sabido, las normas de seguridad social tienden a ser acatadas en mayor grado en las ciudades que en el campo. Por lo tanto, no resulta previsible que en el período que va de 1990 al 2000 se acumule una presión exagerada sobre los sistemas de pensiones en estos dos países; por el contrario, de ampliarse efectivamente las coberturas de activos cotizantes, estos sistemas podrían convertirse en fuente de ahorro nacional.

Peculiarmente distinto es el panorama en Bolivia. No obstante que en este caso la carga demográfica parecería ser reducida, a causa de la escasa magnitud de la población en edad de retiro, la relación de pensionados por cotizantes se elevaba a cerca de 290 por mil en 1990 (Cuadro 8). Es probable que este índice, que puede considerarse como relativamente alto, obedezca a la conjunción de dos factores: un bajo porcentaje de activos cotizantes y una elevada proporción de perceptores de algún tipo de beneficio, hecho que podría deberse a la existencia de políticas de asignación de asistencia social que no se basan en aportaciones previas. Aun cuando el sistema, por circunstancias no demográficas, pudiera estar expuesto a dificultades en el futuro, Bolivia seguiría contando, durante los años noventa, con un amplio margen de ampliación en el número de cotizantes.

c) Sector salud: Las interrelaciones de la salud y la población son tan estrechas que este sector está expuesto a todas las vías a través de las cuales se expresan las repercusiones de los cambios demográficos. Desde luego, el crecimiento de la población implica presiones en favor del aumento de los recursos humanos y materiales disponibles. En este sentido, un país que recién está iniciando el descenso de la fecundidad, como Bolivia, presentará elevadas tasas de incremento demográfico, lo que originará importantes esfuerzos de asignación de recursos en el sector. Si sólo bastase con mantener constante el número de médicos por cada mil habitantes registrado en 1988, que habrían sido equivalentes a 1 860 profesionales en 1990, hacia el año 2000 sería preciso que su número llegase a unos 2 350: un aumento del 26 por ciento en el decenio. En los países en plena transición, la presión sobre los recursos sectoriales sería algo menor, aunque también demandaría una fuerte

ampliación de las disponibilidades. Así, en Perú, la dotación de médicos necesarios para mantener en el 2000 los niveles de atención registrados en 1990 debería aumentar en un 22 por ciento, lo que en términos absolutos significaría capacitar a unas 5 500 personas en diez años; si un criterio idéntico se aplicase en Brasil, el número de médicos existentes en 1990 tendría que ampliarse en un 16 por ciento, de modo de llegar al año 2000 con unos 203 mil profesionales. Por el contrario, en los países de transición avanzada, el crecimiento demográfico será reducido y también lo sería la presión demográfica sobre los recursos del sector salud; en Uruguay se calcula que la mantención de la razón de médicos por habitantes existente en 1990 demandaría sólo un 6 por ciento adicional de profesionales durante el decenio que concluye el año 2000.

Las cifras proporcionadas son bastante elocuentes en cuanto a las repercusiones inmediatas del crecimiento de la población sobre los recursos del sector salud. Otros cálculos, referidos a personal paramédico, equipo e infraestructura, arrojarían resultados del mismo carácter (Cuadros 8 al 11). Parecería evidente, por lo tanto, que las presiones tenderían a variar de modo inverso con el grado de avance del proceso de transición demográfica. Pero debe tenerse en cuenta que las repercusiones reales van todavía más allá de lo que sugieren los datos anteriores; como el supuesto sobre el que se basa el ejercicio es conservador, cualquier intento por obtener algún progreso demandaría esfuerzos todavía superiores. En efecto, salvo en el caso de Uruguay, mantener las razones de médicos por habitantes existentes alrededor de 1990 significaría preservar deficiencias bastante agudas. Si, en consonancia con los propósitos de asegurar "salud para todos en el año 2000", se procurase mejorar esos índices, las metas tendrían que situarse bastante por encima de las cifras estimadas y, por ende, tendría que programarse una mayor asignación de recursos que los derivados de una simple extrapolación. De otro lado, como es sabido, las combinaciones de los medios a ser usados con el objeto de alcanzar un determinado fin, podrían asumir configuraciones distintas, sin reflejar, de un modo lineal, el curso de las proyecciones; esta aseveración es particularmente válida en el campo de la salud pública.

Pero las repercusiones de la transición demográfica sobre el sector salud no obedecen exclusivamente al cambio de tamaño de la población. Las modificaciones de la estructura por edad promueven también alteraciones concomitantes en los patrones de morbilidad y, con ello, redefinen el contexto general dentro del cual cabe formular y ejecutar las políticas de salud. El envejecimiento que se produce con el avance de la transición, como ya se advierte claramente en Uruguay, tiende a trasladar el eje de la atención sanitaria desde los niños y jóvenes hacia los adultos y las personas de la tercera edad. Con esta transferencia, que es gradual en el tiempo, se generan incrementos significativos en la incidencia relativa de las afecciones cardiovasculares y degenerativas. Tales enfermedades son de difícil atención y requieren de personal, equipo e instalaciones especializados. Consiguientemente, el envejecimiento de la población, derivado del avance del proceso de transición demográfica, acarrea consigo un notable aumento en la demanda por medicina curativa, lo cual implica un encarecimiento de la salud.

Una forma de ilustrar los cambios epidemiológicos asociados con la transición demográfica consiste en la estimación de las proporciones de defunciones según grandes grupos de edades. Un ejercicio de esta índole, referido a fechas recientes, permite contrastar las condiciones imperantes

en países cuyas poblaciones atraviesan por diferentes instancias de aquel proceso de transición (Cuadros 8 al 11). En Uruguay se calcula que 3 de cada 4 muertes acaecidas en 1990 se produjeron en el grupo de 60 años y más y que sólo 1 de cada 20 correspondió al grupo de menores de 15 años; continuando con la tendencia, se estima que alrededor del año 2000, el 80 por ciento de las defunciones provendría del grupo de 60 años y más. En Bolivia, en cambio, casi el 50 por ciento de los fallecimientos ocurridos en 1990 afectó a menores de 15 años; se espera que, como resultado de una fuerte disminución de la fecundidad (con una drástica reducción de los embarazos de alto riesgo) y un descenso del 35 por ciento en los niveles de la mortalidad infantil (de menores de 1 año) entre 1990 y 2000, esta proporción baje considerablemente. Mientras la disminución de la mortalidad en Uruguay demandaría una estrategia orientada a las personas de edad avanzada, en Bolivia se podrían conseguir progresos notables con un mayor esfuerzo en la atención materno-infantil.

Ahora bien, los cambios en los requerimientos involucrados por la transición demográfica implican la necesidad de considerar diversas combinaciones entre las formas de medicina preventiva y curativa. En rigor, distintas circunstancias motivarán la búsqueda de un equilibrio flexible entre ambas modalidades. Dado que los niños y jóvenes continuarán siendo un importante porcentaje de la población y, en órdenes de magnitud absoluta, serán más numerosos que los mayores de 60 años, las prestaciones materno-infantiles no podrán quedar de lado en los países de América del Sur dentro del futuro previsible. En segundo lugar, como el perfil epidemiológico de los países de la región aún presenta una alta prevalencia de enfermedades infectocontagiosas, la atención primaria de salud seguirá siendo imperiosa. Por otra parte, tal como lo ilustra el caso de Uruguay, a pesar de haber alcanzado una elevada esperanza de vida, la mortalidad infantil en los países sudamericanos que han llegado a las instancias más avanzadas de la transición demográfica continúa mostrando niveles relativamente altos, sugiriendo la necesidad de un fortalecimiento de las atenciones pediátricas. Ciertamente, en el caso de las poblaciones que han iniciado recientemente su transición demográfica, las acciones de índole preventivo y la medicina pediátrica concentrarán todavía más los requerimientos del sector salud, por lo menos durante toda la década de los noventa. Estos antecedentes permiten señalar que, a pesar de ser directas, las repercusiones del cambio de población sobre el sector salud poseen bastante complejidad. Esto impone dificultades en el momento de adoptar decisiones respecto de las prioridades hacia las cuales deberán orientarse las políticas pertinentes.

Otro elemento demográfico que debe ser tenido en cuenta en la programación del sector salud es el relativo a la fecundidad, cuyos niveles se asocian íntimamente con los requerimientos de atención materno-infantil. En Uruguay, el número de nacimientos prácticamente no aumentará entre 1990 y el 2000, por lo cual la mantención de las coberturas de parto institucional y vacunación de infantes registradas en 1988 implicaría apenas un leve aumento de los requerimientos destinados a esos servicios. En Brasil se produciría una situación parecida en la misma década, ya que el fuerte descenso de la fecundidad conduciría a una estabilización de la cifra de nacimientos. A su vez, en Perú, adoptando el mismo supuesto de constancia durante esos diez años, las atenciones institucionales del parto deberían aumentar en un 4.4 por ciento. Tal como podría esperarse, en Bolivia se generaría el mayor incremento de requerimientos; si se mantuviesen invariables las

reducidas coberturas de atención institucional de los alumbramientos, las atenciones tendrían que acrecentarse en un 11 por ciento entre 1990 y 2000 (Cuadros 8 al 11).

d) Sector educación: La principal expresión de las repercusiones de la dinámica demográfica sobre este sector es la representada por el cambio de la población en edad escolar. En general, podría sostenerse que en instancias avanzadas de la transición demográfica ese conjunto comenzaría a experimentar los impactos de una sostenida reducción de la fecundidad, lo cual se manifestaría, con algunas leves oscilaciones, en una estabilización de su magnitud absoluta. Siendo válido este supuesto, en períodos de tiempo cortos, como el de un decenio, pueden ocurrir variaciones de alguna importancia, explicables tanto por efectos de la propia transición, dentro de la cual es probable que ocurran modificaciones coyunturales de las tasas de natalidad, cuanto por la incidencia de la migración internacional (como lo ejemplifica el caso uruguayo). En países donde el proceso transicional es incipiente, en cambio, la cuantía de la población en edad escolar tenderá a ser creciente. Tal contraste puede ilustrarse empíricamente en el caso sudamericano. De este modo, si se adopta el supuesto de una constancia en las tasas brutas de matrícula, entre 1990 y el año 2000 los requerimientos absolutos se reducirían en Uruguay, y ello acaecería en los niveles primario y secundario; a diferencia de lo anterior, el mismo supuesto aplicado a Bolivia daría lugar a que en el año 2000 el número de matrículas primarias fuese un 18 por ciento mayor que en 1990; en el nivel secundario el incremento neto ascendería al 25 por ciento. Además, en Bolivia el ritmo de ascenso sería prácticamente constante, mientras que en Uruguay se registrarían fluctuaciones, especialmente respecto del nivel primario, entre los dos quinquenios de la década (Cuadros 8 y 11).

Utilizando el mismo criterio en los países situados en plena transición, los resultados arrojan un panorama diferente al de los dos casos extremos anteriores. Tanto en Perú como en Brasil se producirían incrementos en el número de matrículas; sin embargo, los aumentos relativos serían inferiores a los detectados en Bolivia y, además, mostrarían una decidida tendencia descendente. Así, en Brasil, la mantención constante, durante el decenio 1990-2000, de la tasa bruta de matrículas primarias implicaría que las mismas tendrían que experimentar un incremento neto del 9 por ciento, las tres cuartas partes del cual se evidenciaría en el primer lustro de la década. En Perú el aumento decenal sería algo mayor que un 10 por ciento y, también, sus tres cuartas partes se harían sentir entre 1990 y 1995. Respecto de la enseñanza media los incrementos serían algo mayores, alcanzando al 17 por ciento en Brasil y al 11 por ciento en Perú; esta última discrepancia es un efecto de la antigüedad e intensidad del descenso de la fecundidad en ambos países (Cuadros 9 y 10).

Si bien el impacto del cambio de población sobre el sector educación se ha ilustrado a través de un rubro específico, las matrículas, es evidente que las repercusiones se harán sentir también respecto de los demás recursos involucrados en la impartición de enseñanza, como queda sugerido por las cifras de las proyecciones de maestros requeridos durante la década de los noventa (Cuadros 8 a 11). Como se reconociera con relación al sector salud, el supuesto sobre el que se apoyan los cálculos es conservador. Una mera mantención de las tasas brutas de matrícula, o de las razones entre alumnos y maestros, implicaría desconocer la necesidad de ampliar la cobertura educacional hacia sectores de la población que se encuentran desatendidos. Tal problema se presenta con mayor

intensidad en el caso de Bolivia, pero está también presente, aunque en menor grado, en Perú y Brasil. Además, como es concebible que un proceso de transformación de las estructuras productivas demande una mayor calificación de la futura fuerza de trabajo, las necesidades de enseñanza media, o técnica y profesional, involucrarán esfuerzos todavía mayores de asignación de recursos al sector. En suma, los países que se encuentran en instancias preliminares de la transición demográfica experimentarían las mayores presiones; sin embargo, las inversiones en educación presentan también allí un vasto potencial de renovación y ampliación de la capacidad productiva de la población.

Aunque aquí no se proporcionan estimaciones acerca de los efectos que los cambios en la distribución espacial de la población tendrían sobre los requerimientos del sector, debe señalarse que en numerosos países se han registrado descensos abruptos en la magnitud de la población en edad escolar de las zonas rurales. Esta situación se debería no sólo a la intensa reducción de la fecundidad, sino también a la migración de familias completas y de adultos jóvenes, en especial de las mujeres en edad fértil (o madres potenciales), hacia las ciudades. Los efectos de estos factores han sido lo suficientemente severos como para ocasionar una franca subutilización de recursos ya establecidos, como aulas y planteles escolares, en ciertas zonas rurales. Por lo tanto, como indicación de índole general, cabe apuntar que los requerimientos proyectados tenderán a concentrarse en zonas urbanas. Aún más, es altamente probable que en Uruguay y Brasil (y, eventualmente, en Perú) se produzca una disminución, en términos absolutos, de esos requerimientos en las zonas rurales.

e) Sector vivienda y servicios conexos: Por lo general, las necesidades de vivienda y servicios básicos tenderían a ser mayores en los países donde el crecimiento demográfico es más intenso; sin embargo, no es plenamente válido suponer que los descensos en la tasa de incremento de la población implican, de modo directo, una disminución en el número de hogares. Por lo tanto, el aumento en el número de habitantes de un país no es el único factor demográfico que incide sobre los requerimientos de vivienda. Sobre ellos influyen también la estructura por edad de la población y los niveles de la fecundidad, a través de su impacto sobre los patrones de formación de los hogares.

En los países que se ubican en las instancias iniciales de la transición, la fecundidad es alta, las familias son grandes y, en general, el número de personas por vivienda es elevado. Al avanzar en su transición, los países experimentan un aumento en el porcentaje de personas en edades intermedias, lo que tiende a elevar las tasas de jefatura de hogares; es decir, para una misma cantidad de población, existiría, en comparación con las primeras etapas de la transición, un mayor número de unidades de hogares, que son precisamente las demandantes de viviendas. Además, el proceso de reducción de la fecundidad durante la instancia de "plena transición" tenderá a generar familias cada vez más pequeñas, lo que implicará cambios en los estilos de construcción. Por último, al llegar a una etapa avanzada de la transición, el número de personas por vivienda irá reduciéndose, tanto porque las familias serán efectivamente más pequeñas cuanto porque el aumento de la población de tercera edad a menudo resulta en la constitución de

hogares individuales o bipersonales. En suma, entonces, este sector es altamente sensible a los cambios que pueda experimentar la familia en tanto institución social.⁸

Continuando con el enfoque descriptivo adoptado anteriormente, puede suponerse, al considerar las tendencias, que durante la década de los noventa se mantendría constante el promedio de personas por vivienda.⁹ Bajo tales condiciones, las unidades residenciales particulares ocupadas en Bolivia tendrían que experimentar un aumento neto del 26 por ciento durante el decenio; en Uruguay, en cambio, tal incremento sería sólo del 6 por ciento en igual lapso. De nuevo, la diferencia entre ambos países manifestaría las desiguales condiciones que presentan sus respectivas transiciones demográficas. Asimismo, Brasil y Perú se sitúan entre esos extremos, dado que los requerimientos de viviendas adicionales para la década se calculan en un 16 y 21 por ciento, respectivamente. (Cuadros 8 al 11) En este sector, el impacto de los cambios en la distribución espacial de la población puede ser ilustrado mediante la consideración de la zona de residencia. Aunque en los cuatro países se espera un aumento en la cantidad de las viviendas requeridas, de acuerdo al supuesto de constancia en el tamaño de los hogares, en Brasil y Uruguay el número de unidades proyectadas para las áreas rurales sería menor en el año 2000 que la cantidad estimada en 1990; esto no implica ausencia de necesidad, por cuanto numerosas unidades rurales, que se encuentran en malas condiciones, tendrían que ser repuestas. En Bolivia y Perú, los aumentos serían mayores en el medio urbano, pero también ocurrirían en el rural.

Finalmente, los requerimientos de servicios básicos se calcularon sobre la base de las proyecciones de vivienda. El supuesto de constancia utilizado implica que en la década de referencia se mantendrían las condiciones imperantes en 1990. Por cierto, los mayores incrementos ocurrirían en Bolivia, donde las unidades que disponen de agua potable en su interior tendrían que aumentar en un 26 por ciento; ésto implicaría que todavía en el año 2000 las viviendas que carecerían de ese servicio vital representarían las tres cuartas partes del total, lo cual es un claro testimonio de cuán conservador es el supuesto utilizado. Desde luego, los efectos serían menores en el caso de Uruguay, donde, por lo demás, las deficiencias de servicios conexos a la vivienda son menos marcadas.

VIII. OBSERVACIONES FINALES

A modo de conclusión es útil recalcar algunos aspectos de esta exposición que se consideran especialmente relevantes en el análisis de los horizontes futuros de América del Sur. En primer término, como se deduce de las proyecciones vigentes, la evolución demográfica de los países de

⁸ Esto implica que el desenvolvimiento de las tendencias demográficas requiere ser complementado y contrastado con las características socioculturales que, en cada país y contexto societario, definen la formación de familias y hogares.

⁹ Como el indicador de población sobre recursos utilizado en las proyecciones de vivienda omite el déficit habitacional, el supuesto de constancia implicaría mantener invariante este factor. Además, debe señalarse que los cuadros de los distintos países no son plenamente coincidentes en cuanto al tipo de vivienda considerado por las definiciones censales propias de cada caso nacional.

América del Sur entre el último decenio del presente siglo y el primer cuarto del siglo XXI estaría caracterizada por una tendencia hacia la homogeneidad en el comportamiento de las variables que acotan el crecimiento natural de la población. Sin embargo, ha de tenerse en cuenta que esa evolución representa un escenario hipotético, construido a partir de la observación de comportamientos que han venido dándose en el pasado y, por lo tanto, susceptibles de experimentar transformaciones distintas a las hasta ahora previstas. Asimismo, es preciso reconocer que el modelo de la transición demográfica es básicamente un recurso heurístico; no constituye, por consiguiente, un derrotero predeterminado a través del cual avanzarán los países en pos de una convergencia absoluta entre los valores de los indicadores de la dinámica de la población. En rigor, las trayectorias descritas simulan los resultados que se obtendrían si los factores en operación se desarrollasen conforme lo han hecho en situaciones empíricas conocidas. Al examinar la información disponible se ha destacado que hacia el futuro se esperaría un fortalecimiento de las tendencias hacia patrones demográficos similares, pero también se ha enfatizado que los rumbos a ser seguidos diferirán, en intensidad y magnitud, según las instancias de la transición por las que atraviesan los distintos países al iniciarse el decenio de los noventa.

Cabe reiterar, además, que los comportamientos demográficos nacionales, como los de la región sudamericana en su conjunto, han sido y continuarán siendo, al menos durante largo tiempo, expresiones medias de una realidad social, económica y cultural esencialmente heterogénea. Ello, naturalmente, obliga a analizar con especial cautela la validez de algunas de las generalizaciones expuestas. Los parámetros nacionales son las resultantes netas de una multiplicidad de conductas específicas, en la esfera de la reproducción y en la de la migración, motivando ritmos de incremento notablemente diferenciados según, por ejemplo, estratos socioeconómicos y unidades espaciales dentro de los países. Esta diversidad genera, por cierto, repercusiones de distinta índole, cuya identificación será imperiosa al momento de adoptar decisiones de acción.

Entre las principales consecuencias demográficas que se supone acarrarán las tendencias de cambio de la población en los países de la región, especial mención merecen las relacionadas con las estructuras por edad. Sus manifestaciones no sólo se evidenciarán en términos de los tamaños absolutos y relativos que adquieran los distintos grupos de edades, sino también a través de las modificaciones en sus respectivos ritmos de incremento anual. Un hecho particularmente notable que se detecta en las proyecciones es la desaceleración del crecimiento y la disminución de la representación proporcional de los jóvenes dentro de la población, como producto del descenso de la fecundidad. Tal fenómeno encontrará su contrapartida en el desencadenamiento de una sostenida tendencia hacia el envejecimiento demográfico, que se expresará, ya a mediano plazo, en una elevada expansión relativa de las personas de la tercera edad. A cuasa de la incidencia del factor de inercia demográfica, éstas y otras alteraciones en la estructura por edad de la población irán reflejando de manera gradual los efectos de los cambios en las variables básicas (fecundidad y mortalidad). Análogamente, esas alteraciones repercutirán sobre una variedad de requerimientos económicos y sociales.

Un ejemplo ilustrativo de cómo las modificaciones en los componentes del cambio de la

Un ejemplo ilustrativo de cómo las modificaciones en los componentes del cambio de la población se expresan, con cierto rezago, en las estructuras por edad y, de ese modo connotan implicancias en sectores específicos, lo proporciona el descenso de la fecundidad. A corto plazo, éste se traducirá en una reducción de la tasa de crecimiento de la población en edad de iniciar su escolaridad, aliviando la presión demográfica sobre el sector educación. Sin embargo, será necesario esperar unos 20 años, por lo menos, para que esa declinación se haga sentir sobre la dinámica de la población económicamente activa. Asimismo, será preciso que transcurran unos 50 años para que esos efectos se perciban en el sistema de pensiones. Estos antecedentes acerca de la temporalidad de los procesos demográficos son de especial importancia en la programación de los recursos y de las políticas, incluidas las que procuran afectar deliberadamente el crecimiento de la población.

Otro elemento de referencia fundamental es el relativo a la distribución espacial de la población. Todo pareciera indicar que algunas de las principales modificaciones ya han ocurrido. Así, por ejemplo, el grado de urbanización ha alcanzado niveles notablemente elevados en la mayoría de los países. Es bastante probable que este proceso continúe durante los años venideros, pero su ritmo de expansión se tornaría menos acentuado. De igual modo, dada la tendencia hacia una disminución del ritmo de crecimiento demográfico natural, es altamente probable que en el futuro no se repitan las altas tasas de incremento de la población urbana. Por otra parte, existen indicios en el sentido de una eventual disminución del predominio ejercido por las ciudades de mayor tamaño y un fortalecimiento de sus contrapartes de magnitud intermedia. También se espera que la movilidad territorial de la población dentro de los países asuma cada vez más la forma de una circulación temporal y que se refuerce la migración interurbana. Por último, es probable que la población rural siga evidenciando un escaso dinamismo y que, en varios casos, tienda a experimentar disminuciones absolutas en virtud de la transferencia de sus habitantes hacia el medio urbano.

Parece razonable suponer que, durante la última década del siglo XX, el ritmo de incremento de los requerimientos sociales en los distintos países de América del Sur registrará un perfil específico según el estado de su transición demográfica. De este modo, en un país que ha alcanzado una instancia avanzada de aquel proceso, como Uruguay, el sistema de pensiones y la salud curativa experimentarían las presiones más intensas. En Brasil y Perú, que se ubican en la etapa de plena transición, los sectores de empleo y vivienda serían los más directamente afectados por los cambios previstos en las proyecciones. Como fruto de su reciente ingreso al proceso de transición, en Bolivia se advertiría un mayor incremento de los requerimientos en los campos de la salud materno-infantil, la educación, el empleo y la vivienda; las disponibilidades en estos rubros deberían expandirse vigorosamente a fin de, por lo menos, no empeorar la situación social imperante a fines de la década de los ochenta. En un balance general, podría afirmarse que, en términos de cifras absolutas, la expansión demográfica proyectada respecto del conjunto de la región a lo largo del decenio de los noventa, implicará la coexistencia de diversas demandas sociales, dentro de las cuales predominarán las inherentes al empleo.

Fuentes de datos utilizados en los Cuadros.

1. Información sobre el conjunto de países de América del Sur.

CELADE. Banco de Datos de Estimaciones y Proyecciones Demográficas.

CELADE (1989). América Latina: Tablas de mortalidad 1950-2025. Boletín Demográfico No. 44, Julio, Santiago de Chile.

CELADE (1990a). América Latina: Proyecciones de Población, 1950-2025. Boletín Demográfico No 45. Enero, Santiago de Chile.

CELADE (1990b). Insumos demográficos para el sector educacional. Boletín Demográfico No. 46, Julio, Santiago de Chile.

CELADE (1991a). América Latina: Porcentajes urbanos, 1990. Boletín Demográfico No. 47 Enero, Santiago de Chile.

CELADE (1991b). América Latina: Proyecciones de Población años calendarios, 1950-2000. Boletín Demográfico No. 48, Julio, Santiago de Chile.

Fondo de Población de la Naciones Unidas - FNUAP (1991). Estado de la población mundial, New York.

Organización Panamericana de la Salud (1990). Las condiciones de salud en las Américas, Washington D.C.

UNESCO (1991). Anuario Estadístico 1990, París.

United Nations (1991). World populations prospects, 1990. (ST/ESA/SER.A/120)

Varios países. Censos Nacionales de Población.

2. Información sobre países específicos.

Instituto Nacional de Estadísticas (1986). Bolivia en cifras, La Paz.

Instituto Nacional de Estadísticas (1989). Bolivia: Encuesta Nacional de Población y Vivienda 1988, resultados finales, La Paz.

Instituto Nacional de Estadísticas - Demographic and Health Surveys-DHS (1990). Bolivia: Encuesta Nacional de Demografía y Salud, 1989, La Paz

Fundacao Instituto Brasileiro de Geografia e Estatistica-IBGE (1989). Anuario Estatistico Do Brasil, Rio de Janeiro.

Instituto Nacional de Estadísticas (1989). Perú: Compendio Estadístico 1989, Lima.

Dirección General de Estadística y Censos (1990). Uruguay: Anuario Estadístico 1990, Montevideo.

ANEXO
CUADROS Y DIAGRAMAS

Cuadro 1

AMERICA DEL SUR: Población total, según países
1990-2025
(en miles)

PAISES	1990	1995	2000	2005	2010	2015	2020	2025
AMERICA LATINA	430820	471820	511980	551067	588880	625071	658928	689743
AMERICA DEL SUR	294114	319699	344464	368515	391698	413690	433910	451947
AMERICA DEL SUR (10 países)	292798	318296	342946	366892	389969	411859	431984	449939
ARGENTINA	32322	34264	36238	38235	40193	42063	43837	45505
BOLIVIA	7171	8074	9038	10055	11087	12112	13118	14096
BRASIL	149042	161382	172777	183638	194002	203714	212350	219673
COLOMBIA	32300	35101	37822	40451	42959	45309	47458	49359
CHILE	13173	14237	15272	16246	17182	18100	18973	19774
ECUADOR	10547	11822	13090	14325	15510	16633	17682	18643
PARAGUAY	4277	4893	5538	6215	6928	7667	8423	9182
PERU	21550	23854	26276	28702	31047	33283	35390	37350
URUGUAY	3094	3186	3274	3365	3453	3535	3615	3691
VENEZUELA	19321	21483	23622	25659	27609	29442	31137	32665
GUYANA a/	796	829	891	948	1005	1060	1111	1156
GUAYANA FRANCESA a/	98	114	130	145	160	172	182	188
SURINAME a/	422	460	497	530	564	599	633	664

Fuente: Banco de Datos de CELADE

a/: United Nations (1991)

Cuadro 2

AMERICA DEL SUR: Tasas de natalidad, mortalidad y crecimiento
 Período 1990-1995
 (tasas por mil)
 (10 países)

PAISES	Natalidad	Mortalidad	Crec. natural	Crec. total
Argentina	20	9	11	12
Bolivia	34	9	25	24
Brasil	23	7	16	16
Colombia	24	6	18	17
Chile	23	6	17	16
Ecuador	30	7	23	23
Paraguay	29	8	21	21
Perú	33	6	27	27
Uruguay	17	10	7	6
Venezuela	26	5	21	21

Fuente: Banco de Datos de CELADE

Cuadro 3

AMERICA DEL SUR: Tasas globales de fecundidad por agrupaciones de
países de acuerdo a la transición demográfica.

Período 1990-2025

(10 países)

PAISES	1990-95	1995-00	2000-05	2005-10	2010-15	2015-20	2020-25
AMERICA DEL SUR	3.1	2.8	2.6	2.4	2.3	2.2	2.2
GRUPO I	4.6	4.1	3.7	3.3	3.0	2.8	2.6
Bolivia	4.6	4.1	3.7	3.3	3.0	2.8	2.6
GRUPO II	4.3	4.1	3.9	3.7	3.5	3.3	3.1
Paraguay	4.3	4.1	3.9	3.7	3.5	3.3	3.1
GRUPO III	3.1	2.8	2.6	2.4	2.3	2.2	2.1
Brasil	2.8	2.4	2.3	2.1	2.1	2.0	2.0
Colombia	2.7	2.5	2.4	2.3	2.2	2.1	2.1
Chile	2.7	2.6	2.5	2.4	2.4	2.3	2.3
Ecuador	3.6	3.2	2.9	2.6	2.4	2.2	2.1
Perú	3.6	3.2	2.9	2.7	2.5	2.3	2.2
Venezuela	3.1	2.9	2.6	2.5	2.3	2.2	2.1
GRUPO IV	2.6	2.5	2.4	2.3	2.3	2.2	2.2
Argentina	2.8	2.7	2.5	2.4	2.4	2.3	2.2
Uruguay	2.3	2.3	2.2	2.2	2.1	2.1	2.1

Fuente: Banco de Datos de CELADE

Cuadro 4

AMERICA DEL SUR: Esperanza de vida al nacer por agrupaciones de
países de acuerdo a la transición demográfica.
Período 1990-2025
(10 países)

PAISES	1990-95	1995-00	2000-05	2005-10	2010-15	2015-20	2020-25
AMERICA DEL SUR	68.4	69.5	70.4	71.3	72.1	72.6	73.2
GRUPO I	61.1	63.4	65.5	67.6	69.4	71.0	72.4
Bolivia	61.1	63.4	65.5	67.6	69.4	71.0	72.4
GRUPO II	67.3	67.7	68.1	68.5	68.9	69.3	69.6
Paraguay	67.3	67.7	68.1	68.5	68.9	69.3	69.6
GRUPO III	68.2	69.3	70.3	71.2	72.0	72.6	73.2
Brasil	66.3	67.5	68.6	69.6	70.6	71.4	72.1
Colombia	69.2	70.2	71.2	72.2	73.2	73.9	74.5
Chile	72.0	72.5	72.9	73.4	73.8	74.2	74.5
Ecuador	66.6	67.7	68.8	69.8	70.7	71.6	72.4
Perú	64.6	67.0	68.8	69.8	70.8	71.4	72.0
Venezuela	70.3	71.0	71.6	72.1	72.7	73.2	73.7
GRUPO IV	71.9	72.4	72.9	73.3	73.7	74.0	74.3
Argentina	71.4	72.0	72.6	73.0	73.4	73.8	74.0
Uruguay	72.4	72.8	73.2	73.6	73.9	74.2	74.5

Fuente: Banco de Datos de CELADE

Cuadro 5

AMERICA DEL SUR: Población total y distribución relativa por grupos de edades
para agrupaciones de países de acuerdo a la transición
demográfica. Período 1990-2025
(población total en millones)
(10 países)

PAISES	1990	2000	2010	2020	2025
AMERICA DEL SUR					
POBLACION TOTAL	293	343	390	432	450
TOTAL	100	100	100	100	100
0-14	35	30	27	24	23
15-59	58	61	63	63	62
60 Y MAS	7	9	10	13	15
GRUPO I					
POBLACION TOTAL	7	9	11	13	14
TOTAL	100	100	100	100	100
0-14	41	38	35	30	29
15-59	53	56	58	61	62
60 Y MAS	6	6	7	9	9
GRUPO II					
POBLACION TOTAL	4	6	7	8	9
TOTAL	100	100	100	100	100
0-14	40	38	35	33	31
15-59	54	56	59	59	60
60 Y MAS	6	6	6	8	9
GRUPO III					
POBLACION TOTAL	246	289	328	363	378
TOTAL	100	100	100	100	100
0-14	35	30	26	24	23
15-59	58	62	64	63	63
60 Y MAS	7	8	10	13	15
GRUPO IV					
POBLACION TOTAL	36	39	44	48	49
TOTAL	100	100	100	100	100
0-14	30	27	26	24	23
15-59	57	59	60	60	61
60 Y MAS	13	14	14	16	16

Fuente: Banco de Datos de CELADE

Cuadro 6

AMERICA DEL SUR: Tasa de crecimiento medio anual de la población por
grupos de edades para agrupaciones de países de acuerdo a la transición
demográfica. Período 1990-2025
(tasas por mil)
(10 países)

PAISES	1990-00	2000-10	2010-20	2020-25
AMERICA DEL SUR				
POBLACION TOTAL	16	13	10	8
0-14	2	0	0	-2
15-59	22	16	10	6
60 Y MAS	27	29	35	33
GRUPO I				
POBLACION TOTAL	23	20	17	14
0-14	15	11	4	2
15-59	28	25	21	18
60 Y MAS	32	34	35	34
GRUPO II				
POBLACION TOTAL	26	22	20	17
0-14	20	14	12	10
15-59	30	27	20	18
60 Y MAS	27	34	50	39
GRUPO III				
POBLACION TOTAL	16	13	10	8
0-14	1	-1	-1	-2
15-59	23	16	9	5
60 Y MAS	30	33	38	37
GRUPO IV				
POBLACION TOTAL	11	10	8	7
0-14	2	6	2	0
15-59	15	11	9	8
60 Y MAS	14	14	16	13

Fuente: Banco de Datos de CELADE

Cuadro 7

AMERICA DEL SUR: Porcentaje de población urbana por agrupación
de países de acuerdo a la transición demográfica
1990-2000

PAISES	1990	1995	2000
AMERICA DEL SUR	74	77	79
Grupo I	52	56	60
BOLIVIA	52	56	60
Grupo II	47	50	53
PARAGUAY	47	50	53
Grupo III	74	76	78
BRASIL	74	77	79
COLOMBIA	69	72	74
CHILE	85	86	87
ECUADOR	56	61	65
PERU	70	72	75
VENEZUELA	83	85	86
Grupo IV	86	87	88
ARGENTINA	86	87	88
URUGUAY	89	90	91

Fuente: Banco de Datos de CELADE

CUADRO 8

BOLIVIA: DINAMICA DEMOGRAFICA Y SU IMPACTO SOBRE LOS PRINCIPALES SECTORES SOCIALES

GRUPOS DE LA POBLACION	PERSONAS			TASA DE CRECIMIENTO MEDIA ANUAL ^{a/}		
	1990	1995	2000	1990-1995	1995-2000	1990-2000
POBLACION NACIONAL	7,171,354	8,074,237	9,038,330	2.37	2.26	2.31
POBLACION URBANA	3,757,847	4,544,234	5,418,477	3.80	3.52	3.66
POBLACION RURAL	3,413,507	3,530,003	3,619,853	0.67	0.50	0.59
PEA	2,429,611	2,790,493	3,201,750	2.77	2.75	2.76
PEA URBANA	1,191,476	1,485,929	1,835,677	4.42	4.23	4.32
PEA RURAL	1,238,135	1,304,564	1,366,073	1.05	0.92	0.98
PEA MASCULINA	1,689,084	1,932,986	2,211,889	2.70	2.70	2.70
PEA FEMENINA	740,527	857,507	989,861	2.93	2.87	2.90
POBLACION 0-4 AÑOS	1,093,014	1,177,627	1,252,289	1.49	1.23	1.36
POBLACION 0-14 AÑOS	2,968,739	3,206,720	3,445,552	1.54	1.44	1.49
POBLACION 15-59 AÑOS	3,787,059	4,378,768	5,022,342	2.90	2.74	2.82
POBLACION 60 AÑOS Y MAS	415,556	488,749	570,436	3.24	3.09	3.17
MUJERES 15-49 AÑOS	1,714,427	1,979,269	2,253,344	2.87	2.59	2.73

REQUERIMIENTOS	UNIDADES		
	1990	1995	2000
MEDICOS ^{b/}	1,861	2,096	2,346
CAMAS DE HOSPITAL ^{c/}	9,414	10,599	11,864
PARTOS ATENDIDOS POR PERSONAL CAPACITADO ^{d/}	114,495	120,332	125,720
DEFUNCIONES 0-14 AÑOS	45,842	36,583	29,216
DEFUNCIONES 15-59 AÑOS	22,821	22,945	23,074
DEFUNCIONES 60 AÑOS Y MAS	24,315	27,790	31,762
PENSIONADOS ^{e/}	113,281	140,652	172,898
COTIZANTES ^{f/}	396,756	455,688	522,846
PENSIONADOS POR CADA 1000 COTIZANTES	285.52	308.66	330.69
MATRICULAS EN PRIMARIA ^{g/}	1,255,101	1,357,187	1,467,576
MATRICULAS EN SECUNDARIA ^{h/}	215,069	240,416	268,750
MAESTROS EN PRIMARIA ^{i/}	59,767	64,628	69,885
MAESTROS EN SECUNDARIA ^{j/}	14,758	16,497	18,441
VIVIENDAS PARTICULARES OCUPADAS TOTALES ^{k/}	1,571,001	1,768,792	1,979,992
VIVIENDAS PARTICULARES OCUPADAS URBANAS ^{l/}	809,379	978,754	1,167,051
VIVIENDAS PARTICULARES OCUPADAS RURALES ^{m/}	760,929	78,690	806,927
VIVIENDAS CON CAÑERIA DE AGUA POTABLE EN LA CASA ^{n/}	307,934	346,704	388,101
VIVIENDAS CON CONEXION AL ACANTARILLADO ^{o/}	357,349	402,340	450,381
VIVIENDAS CON LUZ ELECTRICA ^{p/}	479,625	579,994	691,576

FUENTE: CELADE, 1989; CELADE, 1990a; CELADE, 1990b; CELADE, 1991a; CELADE, 1991b; OPS, 1990; INE, 1986; INE, 1989; INE-DHS, 1990; UNESCO, 1991.

^{a/} Calculada según fórmula exponencial

^{b/} Se mantiene constante la cifra de 0.26 médicos por cada mil habitantes registrada en 1988

^{c/} Se mantiene constante la cifra de 1.31 camas de hospital por cada mil habitantes registrada en 1987

^{d/} Se mantiene constante el porcentaje de 45 por ciento de partos atendidos en locales adecuados (hospitales, clínicas, postas rurales) registrado en la Encuesta Nacional de Demografía y Salud en 1989.

^{e/} Se mantiene la relación registrada en 1984 de 0.51 pensionados por pasivo de 60 años y más

^{f/} Se mantiene el porcentaje de 16 por ciento de la PEA cotizando calculado para 1984

^{g/} Se mantiene la tasa bruta de matrícula (cuyo denominador es la población de 6 a 11 años de edad) de 80 por ciento calculada para 1990

^{h/} Se mantiene la tasa bruta de matrícula (cuyo denominador es la población de 12 a 17 años de edad) de 43 por ciento calculada para 1990

^{i/} Se mantiene un promedio de 25 alumnos por maestro registrado en 1990

^{j/} Se mantiene un promedio de 14.6 alumnos por maestro registrado en 1990

^{k/} Se mantiene un promedio de 4.6 personas por vivienda ocupada registrado en 1988

^{l/} Se mantiene un promedio de 4.6 personas por vivienda urbana ocupada registrado en 1988

^{m/} Se mantiene un promedio de 4.5 personas por vivienda rural ocupada registrado en 1988

^{n/} Se mantiene una cobertura de 20 por ciento de viviendas conectadas a la red pública de agua potable, registrada en 1988

^{o/} Se mantiene una cobertura de 23 por ciento de viviendas conectadas a la red pública de electricidad, registrada en 1988

^{p/} Se mantiene una cobertura de 59 por ciento de viviendas conectadas a la red pública de electricidad, registrada en 1988

CUADRO 9

BRASIL: DINAMICA DEMOGRAFICA Y SU IMPACTO SOBRE LOS PRINCIPALES SECTORES SOCIALES

GRUPOS DE LA POBLACION	PERSONAS			TASA DE CRECIMIENTO MEDIA ANUAL _{a/}		
	1990	1995	2000	1990-1995	1995-2000	1990-2000
POBLACION NACIONAL	149,041,920	161,382,190	172,776,690	1.59	1.36	1.48
POBLACION URBANA	110,141,979	123,699,449	136,493,585	2.32	1.97	2.15
POBLACION RURAL	38,899,941	37,682,741	36,283,105	-0.64	-0.76	-0.70
PEA	58,348,505	65,901,205	73,833,750	2.43	2.27	2.35
PEA URBANA	44,386,840	51,877,744	59,810,554	3.12	2.85	2.98
PEA RURAL	13,961,665	14,023,461	14,023,196	0.09	-0.00	0.04
PEA MASCULINA	41,015,085	45,486,751	50,083,624	2.07	1.93	2.00
PEA FEMENINA	17,333,420	20,414,454	23,750,126	3.27	3.03	3.15
POBLACION 0-4 AÑOS	18,963,451	19,291,222	19,419,206	0.34	0.13	0.24
POBLACION 0-14 AÑOS	51,652,030	51,885,880	50,278,150	0.09	-0.63	-0.27
POBLACION 15-59 AÑOS	86,775,480	97,162,590	108,146,750	2.26	2.14	2.20
POBLACION 60 AÑOS Y MAS	10,614,410	12,333,720	14,351,790	3.00	3.03	3.02
MUJERES 15-49 AÑOS	38,672,360	43,261,400	47,771,050	2.24	1.98	2.11

REQUERIMIENTOS	UNIDADES		
	1990	1995	2000
MEDICOS _{b/}	174,902	189,384	202,756
CAMAS DE HOSPITAL _{c/}	517,686	560,549	600,127
PARTOS ATENDIDOS EN LOCALES ADECUADOS _{d/}	3,283,600	3,297,600	3,296,000
DEFUNCIONES 0-14 AÑOS	337,919	290,719	251,384
DEFUNCIONES 15-59 AÑOS	330,148	350,306	371,129
DEFUNCIONES 60 AÑOS Y MAS	409,903	436,444	484,572
INMUNIZACIONES DE BCG A MENORES DE UN AÑO _{e/}	2,601,038	2,615,047	2,625,390
PENSIONADOS _{f/}	3,459,633	4,058,536	4,707,328
COTIZANTES _{g/}	28,772,278	32,496,596	36,408,220
PENSIONADOS POR CADA 1000 COTIZANTES	120.24	124.89	129.29
MATRICULAS EN PRIMARIA _{h/}	27,692,521	29,415,054	30,236,324
MATRICULAS EN SECUNDARIA _{i/}	3,339,930	3,644,211	3,897,809
MAESTROS EN PRIMARIA _{j/}	1,156,291	1,228,215	1,262,507
MAESTROS EN SECUNDARIA _{k/}	229,183	250,063	267,464
VIVIENDAS PARTICULARES OCUPADAS TOTALES _{l/}	34,648,935	37,517,774	40,166,742
VIVIENDAS PARTICULARES OCUPADAS URBANAS _{m/}	26,762,200	30,474,953	34,149,993
VIVIENDAS PARTICULARES OCUPADAS RURALES _{n/}	8,228,387	8,081,382	7,901,694
VIVIENDAS CON AGUA POTABLE _{o/}	21,487,799	23,266,931	24,909,709
VIVIENDAS CON ELECTRICIDAD _{p/}	29,248,302	31,669,982	33,906,063

FUENTE: CELADE, 1989; CELADE, 1990a; CELADE, 1990b; CELADE, 1991a; CELADE, 1991b; OPS, 1990; IBGE, 1990; FNUAP, 1991.

a/ Calculada según fórmula exponencial

b/ Se mantiene constante la cifra de 1.17 médicos por cada mil habitantes registrada en 1988

c/ Se mantiene constante la cifra de 3.47 camas de hospital por cada mil habitantes registrada en 1987

d/ Se mantiene constante el porcentaje de 80 por ciento de partos atendidos en locales adecuados (hospitales, clínicas, postas rurales) registrado en 1986.

e/ Se mantiene constante la cobertura de 66 por ciento registrada en 1988

f/ Se mantiene la relación registrada en 1988 de 0.28 pensionados por pasivo de 60 años y más

g/ Se mantiene el porcentaje de 49 por ciento de la PEA cotizando calculado para 1988

h/ Se mantiene la tasa bruta de matrícula (cuyo denominador es la población de 6 a 11 años de edad) de 131 por ciento calculada para 1988

i/ Se mantiene la tasa bruta de matrícula (cuyo denominador es la población de 12 a 17 años de edad) de 18 por ciento calculada para 1989

j/ Se mantiene un promedio de 24 alumnos por maestro registrado en 1988

k/ Se mantiene un promedio de 14.5 alumnos por maestro registrado en 1988

l/ Se mantiene un promedio de 4.3 personas por vivienda ocupada registrado en 1987

m/ Se mantiene un promedio de 4.2 personas por vivienda urbana ocupada registrado en 1987

n/ Se mantiene un promedio de 4.8 personas por vivienda rural ocupada registrado en 1987

o/ Se mantiene una cobertura de 62 por ciento de viviendas conectadas a la red pública de agua potable, registrada en 1987

p/ Se mantiene una cobertura de 84 por ciento de viviendas conectadas a la red pública de electricidad, registrada en 1987

CUADRO 10

PERU: DINAMICA DEMOGRAFICA Y SU IMPACTO SOBRE LOS PRINCIPALES SECTORES SOCIALES

GRUPOS DE LA POBLACION	PERSONAS			TASA DE CRECIMIENTO MEDIA ANUAL ^{a/}		
	1990	1995	2000	1990-1995	1995-2000	1990-2000
POBLACION NACIONAL	21,550,322	23,854,017	26,275,503	2.03	1.93	1.98
POBLACION URBANA	15,074,170	17,281,706	19,606,168	2.73	2.52	2.63
POBLACION RURAL	6,476,152	6,572,311	6,669,335	0.29	0.29	0.29
PEA TOTAL	7,574,831	8,698,608	9,916,955	2.77	2.62	2.69
PEA URBANA	5,293,127	6,305,690	7,412,081	3.50	3.23	3.37
PEA RURAL	2,281,704	2,392,919	2,504,874	0.95	0.91	0.93
PEA MASCULINA	5,382,601	6,156,374	7,002,892	2.69	2.58	2.63
PEA FEMENINA	2,192,230	2,542,234	2,914,063	2.96	2.73	2.85
POBLACION 0-4 AÑOS	2,851,143	3,009,935	3,100,798	1.08	0.59	0.84
POBLACION 0-14 AÑOS	8,109,790	8,460,860	8,832,810	0.85	0.86	0.85
POBLACION 15-59 AÑOS	12,158,777	13,859,575	15,609,039	2.62	2.38	2.50
POBLACION 60 AÑOS Y MAS	1,281,753	1,533,585	1,833,651	3.59	3.57	3.58
MUJERES 15-49 AÑOS	5,369,310	6,124,380	6,865,110	2.63	2.28	2.46

REQUERIMIENTOS	UNIDADES		
	1990	1995	2000
MEDICOS ^{b/}	21,282	23,557	25,948
CAMAS DE HOSPITAL ^{c/}	32,545	36,025	39,681
PARTOS ATENDIDOS POR PERSONAL DE SALUD ^{d/}	318,168	326,515	331,916
DEFUNCIONES 0-14 AÑOS AMBOS SEXOS	373,587	326,713	285,720
DEFUNCIONES 15-59 AÑOS AMBOS SEXOS	192,810	185,824	179,092
DEFUNCIONES 60 AÑOS Y MAS AMBOS SEXOS	300,648	335,578	374,565
INMUNIZACIONES DE BCG A MENORES DE UN AÑO ^{e/}	364,943	383,091	387,731
PENSIONADOS ^{f/}	208,000	257,000	318,000
COTIZANTES ^{g/}	3,185,101	3,657,707	4,169,889
PENSIONADOS POR CADA MIL COTIZANTES	65.38	70.35	76.39
MATRICULAS EN PRIMARIA ^{h/}	4,110,699	4,251,124	4,488,274
MATRICULAS EN SECUNDARIA ^{i/}	1,986,265	2,131,642	2,201,584
MATRICULAS UNIVERSITARIAS ^{j/}	504,700	559,705	608,607
MAESTROS EN PRIMARIA ^{k/}	146,200	153,894	165,176
MAESTROS EN SECUNDARIA ^{l/}	90,939	102,474	110,735
MAESTROS EN UNIVERSITARIA ^{m/}	45,707	57,385	69,507
VIVIENDAS PARTICULARES TOTALES ^{n/}	4,205,438	4,644,012	5,104,935
VIVIENDAS PARTICULARES URBANAS	2,858,204	3,276,774	3,717,514
VIVIENDAS PARTICULARES RURALES	2,934,431	3,409,629	3,921,234
VIVIENDAS CON TUBERIA DE AGUA POTABLE ^{o/}	1,619,094	1,787,945	1,965,400
VIVIENDAS CON EXCUSADO ^{p/}	1,232,193	1,360,696	1,495,746

FUENTE: CELADE, 1989; CELADE, 1990a; CELADE, 1990b; CELADE, 1991a; CELADE, 1991b; OPS, 1990; INEI, 1990.

^{a/} Calculada según fórmula exponencial

^{b/} Se mantiene constante la cifra de 1 médico por cada mil habitantes registrada en 1988

^{c/} Se mantiene constante la cifra de 1.5 camas de hospital por cada mil habitantes registrada en 1987

^{d/} Se mantiene la cifra de 96.5 por ciento de atención profesional (médico, matrona o enfermera) del parto, registrado en 1986.

^{e/} Se mantiene constante la cobertura de 61 por ciento registrada en 1988

^{f/} Se mantiene la relación registrada en 1985 de 0.28 pensionados por pasivo de 60 años y más

^{g/} Se mantiene el porcentaje de 42 por ciento de la PEA cotizando calculado para 1985

^{h/} Se mantiene la tasa bruta de matrícula (cuyo denominador es la población de 5 a 12 años de edad) de 96.7 por ciento registrada en 1990

^{i/} Se mantiene la tasa bruta de matrícula (cuyo denominador es la población de 13 a 18 años de edad) de 68.4 por ciento calculada para 1990

^{j/} Se mantiene constante un porcentaje, registrado en 1990, de 20 por ciento de los jóvenes entre 19 y 24 años asistiendo al sistema universitario

^{k/} Se mantiene un promedio de 28 alumnos por maestro registrado en 1990

^{l/} Se mantiene un promedio de 22 alumnos por maestro registrado en 1990

^{m/} Se mantiene un promedio de 11 alumnos por maestro registrado en 1990

^{n/} Se mantiene un promedio de 5.2 personas por vivienda urbana y 4.8 por vivienda rural registrado en el Censo de 1980.

^{o/} Se mantiene la cobertura de 39 por ciento de viviendas conectadas a la red pública de agua potable registrada en el Censo de 1980.

^{p/} Se mantiene la cobertura de 29 por ciento de viviendas conectadas a la red pública de alcantarillado registrada en el Censo de 1980

CUADRO 11

URUGUAY: DINAMICA DEMOGRAFICA Y SU IMPACTO SOBRE LOS PRINCIPALES SECTORES SOCIALES

GRUPOS DE LA POBLACION	PERSONAS			TASA DE CRECIMIENTO MEDIA ANUAL ^{a/}		
	1990	1995	2000	1990-1995	1995-2000	1990-2000
POBLACION NACIONAL	3,094,214	3,185,729	3,274,470	0.58	0.55	0.57
POBLACION URBANA	2,748,321	2,870,692	2,985,248	0.87	0.78	0.83
POBLACION RURAL	345,893	315,037	289,222	-1.87	-1.71	-1.79
PEA	1,355,381	1,422,875	1,487,199	0.97	0.88	0.93
PEA URBANA	1,179,887	1,258,970	1,334,964	1.30	1.17	1.23
PEA RURAL	175,494	163,905	152,235	-1.37	-1.48	-1.42
PEA MASCULINA	829,275	867,240	907,012	0.90	0.90	0.90
PEA FEMENINA	526,106	555,635	580,187	1.09	0.86	0.98
POBLACION 0-4 AÑOS	259,434	261,749	265,649	0.18	0.30	0.24
POBLACION 0-14 AÑOS	797,790	777,500	781,490	-0.52	0.10	-0.21
POBLACION 15-59 AÑOS	1,786,681	1,867,177	1,937,845	0.88	0.74	0.81
POBLACION 60 AÑOS Y MAS	509,749	541,063	555,125	1.19	0.51	0.85
MUJERES 15-49 AÑOS	739,270	780,880	807,790	1.10	0.68	0.89

INDICADORES DE REQUERIMIENTOS	UNIDADES		
	1990	1995	2000
MEDICOS ^{b/}	9,451	9,731	10,002
CAMAS DE HOSPITAL ^{c/}	14,371	14,796	15,208
PARTOS ATENDIDOS POR PERSONAL CALIFICADO ^{d/}	50,000	51,000	51,000
DEFUNCIONES 0-14 AÑOS	7,726	6,665	5,767
DEFUNCIONES 15-59 AÑOS	28,531	28,287	27,964
DEFUNCIONES 60 AÑOS Y MAS	112,459	123,402	132,779
INMUNIZACIONES DE BCG A MENORES DE UN AÑO ^{e/}	50,843	51,340	52,013
PENSIONADOS (jubilados y sobrevivientes) ^{f/}	699,480	710,200	734,320
COTIZANTES ^{g/}	931,888	978,293	1,022,519
PENSIONADOS POR CADA 1000 COTIZANTES	750.61	725.96	718.15
MATRICULAS EN PREESCOLAR ^{h/}	65,647	66,284	67,559
MATRICULAS EN PRIMARIA ^{i/}	350,415	337,274	339,465
MATRICULAS EN SECUNDARIA ^{j/}	180,054	176,760	167,428
MAESTROS EN PRIMARIA ^{k/}	16,824	16,193	16,298
MAESTROS EN SECUNDARIA ^{l/}	15,453	15,170	14,369
VIVIENDAS PARTICULARES CON MORADORES ^{m/}	861,967	887,461	912,182
VIVIENDAS PARTICULARES URBANAS CON MORADORES ^{n/}	775,778	810,320	842,656
VIVIENDAS PARTICULARES RURALES CON MORADORES ^{o/}	87,529	79,721	73,189
VIVIENDAS PARTICULARES OCUPADAS CON AGUA POTABLE ^{p/}	693,625	714,140	734,033
VIVIENDAS PARTICULARES OCUPADAS CON ALCANTARILLADO ^{q/}	399,522	411,338	422,796

FUENTE: CELADE, 1989; CELADE, 1990a; CELADE, 1990b; CELADE, 1991a; CELADE, 1991b; OPS, 1990; DGEC, 1990; FNUAP, 1991.

a/ Calculada según fórmula exponencial

b/ Se mantiene constante la cifra de 3.05 médicos por cada mil habitantes registrada en 1989

c/ Se mantiene constante la cifra de 4.64 camas de hospital por cada mil habitantes registrada en 1987

d/ Se mantiene constante el porcentaje de 96.5 por ciento de atención profesional (médico, matrona o enfermera) del parto registrado en 1988.

e/ Se mantiene constante la cobertura de 97 por ciento registrada en

f/ Se mantiene la relación registrada en 1989 de 1.34 pensionados por pasivo de 60 años y más

g/ Se mantiene el porcentaje de 69 por ciento de la PEA cotizando calculado para 1989

h/ Se mantiene la tasa bruta de matrícula (cuyo denominador es la población de 4 y 5 años de edad) de 64 por ciento calculada para 1989

i/ Se mantiene la tasa bruta de matrícula (cuyo denominador es la población de 6 a 11 años de edad) de 110 por ciento calculada para 1989

j/ Se mantiene la tasa bruta de matrícula (cuyo denominador es la población de 12 a 17 años de edad) de 55 por ciento calculada para 1989

k/ Se mantiene un promedio de 21 alumnos por maestro registrado en 1989

l/ Se mantiene un promedio de 12 alumnos por maestro registrado en 1989

m/ Se mantiene un promedio de 3.6 personas por vivienda ocupada registrado en el Censo de 1985

n/ Se mantiene un promedio de 3.6 personas por vivienda urbana ocupada registrado en el Censo de 1985

o/ Se mantiene un promedio de 4.0 personas por vivienda rural ocupada registrado en el Censo de 1985

p/ Se mantiene una cobertura de 80 por ciento de viviendas conectadas a la red pública de agua potable, registrada en el Censo de 1985

q/ Se mantiene una cobertura de 46 por ciento de viviendas conectadas a la red pública de alcantarillado, registrada en el censo de 1985

CUADRO 12

INDICADORES RELACIONADOS CON LA POBLACION ECONOMICAMENTE ACTIVA, 1990-2000

A) REQUERIMIENTOS DE INVERSION PARA LA GENERACION DE EMPLEO NECESARIO PARA ABSORBER PRODUCTIVAMENTE LAS ADICIONES NETAS DE POBLACION ECONOMICAMENTE ACTIVA, 1990-2000

ESTADO DE LA TRANSICION Y PAISES	Crecimiento de la PEA 1990-2000 (1)	Crecimiento necesario del producto 1990-2000 (2) = (1)/0.5	Coefficiente de inversión neta necesario 1990-2000 (3) = (2)/0.33
Transición en sus inicios			
BOLIVIA	2.76	5.52	16.73
En plena transición			
BRASIL	2.35	4.7	14.24
PERU	2.69	5.38	16.30
Transición avanzada			
URUGUAY	0.93	1.86	5.64

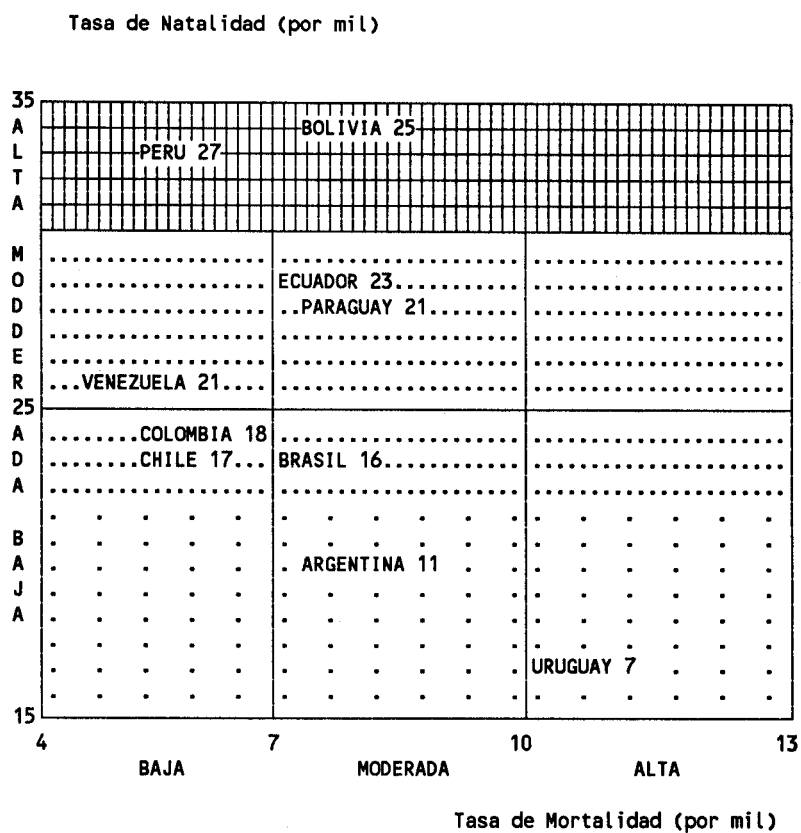
B) EDAD MEDIANA DE LA POBLACION ECONOMICAMENTE ACTIVA SEGUN PAISES, 1990-2000

	BOLIVIA		BRASIL		PERU		URUGUAY	
	1990	2000	1990	2000	1990	2000	1990	2000
EDAD MEDIANA	27.7	27.9	32.1	32.7	32.8	33.3	39.4	39.2

Fuente: Cuadros 8, 9, 10, 11; Uthoff, 1991.

Diagrama 1

AMERICA DEL SUR: Situación de los países de acuerdo
al momento que se encuentran en su transición
demográfica. 1990-1995
(10 países)



Tasa de crecimiento natural: +++ Alta Moderada Baja
Nota: La cifra al lado de los países corresponde a la tasa de crecimiento natural.